

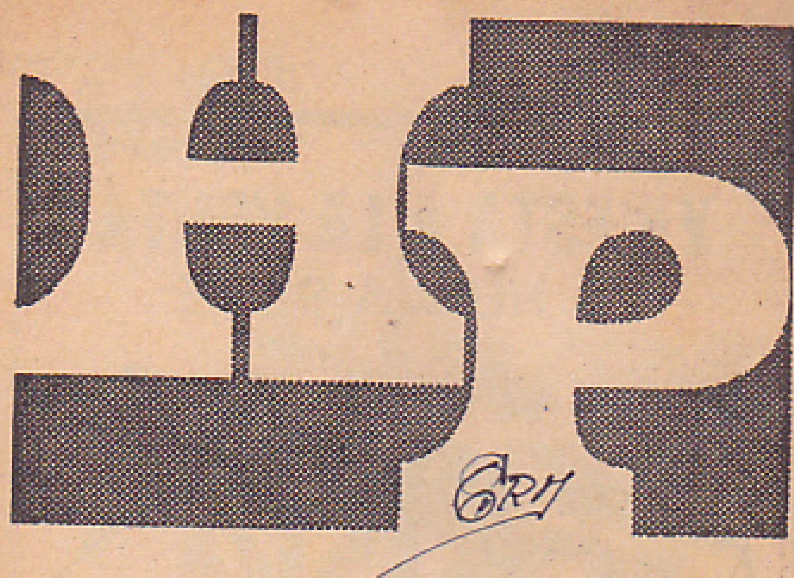
Silver Kane

EL BUSCADOR DE TUMBAS



Silver Kane

EL BUSCADOR DE TUMBAS





Héroes de la PRADERA

SILVER KANE
EL BUSCADOR DE TUMBAS

Colección

HEROES DE LA PRADERA n.° 205 Publicación semanal Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 38.906 -1973 ISBN 84-02-02524-2

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: diciembre, 1973

© FRANCISCO BRUGUERA-1966

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1973

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. —El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.217. —Buen viaje, míster Kissinger.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. —Infierno, capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. —Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014. —Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. —Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

673. —Sociedad de pistoleros.

En Colección COLORADO:

637. —Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. —Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

594. —Entierro para un *gángster*.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

203. —Llegó para matar.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. —Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15. —Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPITULO PRIMERO

No podía negarse que el verdugo de Dallas era un hombre meticuloso.

Pocas personas conocían su siniestro oficio tan bien como él.

En primer lugar, había conseguido que los condenados a muerte fueran colocados en una galería especial, a la cual se llegaba abriendo una triple puerta, y de la que era imposible evadirse, aun contando con ayuda exterior.

En segundo lugar, y desde que él estaba al frente del cargo, se servía a todos los condenados a muerte una opípara cena antes de la ejecución.

Y, en tercer lugar, no liquidaba a nadie sin pedirle antes que le perdonase.

Así estaban ocurriendo las cosas también aquella fresca mañana de invierno, cuando se dispuso a ahorcar a Tommy Larrey.

Era la cuarta ejecución aquel mes, y eso que sólo estaban a día doce, pero no por eso el verdugo había omitido el ceremonial de costumbre.

Al entrar aquella mañana a la celda de Tommy Larrey, se inclinó cortésmente.

—Buenos días, amigo. ¿Ha descansado bien?

Tommy Larrey tenía aspecto de no haber pegado un ojo, pero contestó con el mismo tono cortés y fino:

—Perfectamente, señor. ¿Y usted?

—Hum... He tenido algo de frío.

—Es que este invierno las cosas se están poniendo mal por la zona de Dallas... El tiempo es peor que de costumbre.

—Lástima que usted no pueda ver la continuación de este invierno.

Tan sencillas palabras pusieron las cosas en su dramático punto.

Hicieron ver a Tommy Larrey que él no era más que un hombre que iba a ser ahorcado.

Y que aquel individuo tan amable, que le saludaba con tanta cortesía, era precisamente el que iba a colgarle de la cuerda.

Susurró, intentando animarse:

—Sí, claro... Pero, de todos modos, hay inviernos que no valen la

pena.

—Eso mismo pienso yo.

El verdugo se sentó amablemente a un lado del camastro.

—¿Le gustó la última cena, amigo?

—Ya sabe que la repartí entre los otros presos.

—Pero ¿no la probó siquiera?

—No tenía apetito.

El verdugo sonrió con su aspecto de hombre de mundo que le hacía parecer un comisionista antes que un nombre que se dedicaba a matar.

—Es una lástima —dijo sonriendo—. Yo mismo cuidé todos los detalles de esa cena.

—Se lo agradezco. Es usted el mejor verdugo que he conocido. Lástima que sus «clientes» no puedan darle un premio.

—¿Quiere alguna bebida especial?

—No.

—¿Whisky? ¿Brandy?

—No, nada.

De pronto, Tommy Larrey parecía abatido por primera vez. De pronto parecía darse cuenta de que su muerte estaba ya muy cerca.

No era la muerte de otro, esa muerte lejana en la que nadie quiere pensar, sino su propio fin, su propia aniquilación. La oscuridad eterna.

Dentro de cinco minutos, diez... Dentro de un brevísimo tiempo todos sus recuerdos, todos sus pensamientos habrían quedado reducidos a la nada.

—¿Falta mucho? —susurró.

—Mire, amigo, de verdad le aconsejo una copa.

—¿Falta mucho?

—Es ya la hora.

—No..., no lo imaginaba.

—Pudo haberlo supuesto al verme entrar aquí, amigo. Yo nunca vengo de visita.

Tommy Larrey echó un momento la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared, y cerró los ojos.

Toda su vida, a pesar de que ya tenía treinta años, le parecía ahora espantosamente corta.

Tenía la sensación de que acababa de nacer.

—No he oído levantar el patíbulo… —susurró al cabo de unos instantes—. Tengo la sensación de que todo esto es una mentira, una horrible trampa.

—El patíbulo está siempre alzado —dijo el verdugo calmosamente—. Por eso no ha oído los preparativos. Además, no se ve desde aquí. Me ha parecido…, ¿cómo decirlo…? Me ha parecido mucho más delicado.

—Comprendo.

—Debe ponerse en pie y acompañarme, Tommy. El tiempo apremia.

—¿No puedo pedir una última gracia?

—Debió pedirla ayer, amigo. Ahora me temo que ya sea demasiado tarde para eso.

—Ayer no me atreví.

—¿Es que es algo muy complicado?

—No. Es lo más sencillo del mundo, pero…, pero no me atreví.

El verdugo le miró con curiosidad.

—¿De qué se trata?

—Solamente de ver a alguien.

—Ah, ya… Una mujer.

—No, amigo. Se equivoca. Un niño.

El verdugo cerró un momento los ojos, sin comprender, acusando el impacto de aquella extraña petición.

—¿Un niño? ¿Quién?

—En el número 30 de Main Street vive un hombre llamado Duke. Ahora tiene un negocio de armas, pero antes tuvo una casa de juego.

—Lo conozco.

—Tiene un sobrino llamado Michael. Un chico de unos siete años.

—También lo conozco. Todos le llamamos Mich. Es un chico muy bien educado.

—Quiero verle.

El verdugo lanzó una carcajada. A pesar de que quería mostrarse como un hombre educado, su carcajada fue desagradable y áspera.

—¿Qué consuelo puede dar un niño de siete años a un condenado a muerte como tú?

—Nadie puede comprenderlo. Pero quiero verle.

—Eso es una tontería. Mich ni siquiera sabe lo que es una

ejecución. Y, desde luego, ni pienso dejarle asistir a ella. Sería una estupidez y una crueldad.

—No le diré que estoy condenado. Sólo quiero verle un momento. Ni siquiera le diré una palabra.

El verdugo se encogió de hombros.

—Bueno, puede que eso retrase diez minutos la ejecución, pero me inclino a complacerte. El alcaide de la prisión me deja carta blanca en esos asuntos. Dice que con los condenados a muerte me entienda exclusivamente yo.

Los ojos de Tommy brillaron, pero su brillo era húmedo y nostálgico.

—Entonces, ¿va a hacerlo?

—Lo haré, siempre que Lukas y su sobrino estén de acuerdo. Pasa a la sala de visitas.

Acompañado por el verdugo, Tommy salió de la celda.

En el corredor aguardaban dos hombres armados con rifles. Cualquier intento de huir por parte del condenado hubiera resultado inútil.

Pero éste no parecía pensar en eso.

Sus ojos impacientes estuvieron mirando hacia la puerta desde que entró en la sala de visitas. La puerta por la que iba a entrar un niño que no le conocía.

Transcurrieron diez minutos, doce.

Tommy Larrey no se movía, como si el tiempo hubiera dejado de existir para él, como si su cuerpo estuviese ya muerto.

De pronto la puerta se abrió.

El verdugo, con su aspecto de hombre educado e incluso tímido, entró acompañado de un niño.

Era, en efecto, un niño de unos siete años. Era rubio.

Sus ojos azules y limpios miraron al condenado a muerte.

No comprendía por qué le habían traído allí, ante aquel hombre a quien no conocía, pero de todos modos intentó dirigirle una sonrisa.

Tommy sonrió también.

Pero ¿por qué su sonrisa moría en su boca? ¿Por qué era tan espantosamente amarga?

Durante un largo minuto, un minuto que se hizo dramáticamente interminable, el hombre y el niño se miraron en silencio, sin

despegar los labios más que para aquellas sonrisas que eran más bien como dos muecas entre sorprendidas y amargas.

Mich contemplaba a aquel hombre alto, fuerte, a quien no recordaba haber visto nunca, y cuyos ojos estaban húmedos. Contemplaba aquel ambiente triste, sórdido, de la cárcel, a la que no comprendía para qué habían llegado a traerle.

Por fin el verdugo susurró:

—Bueno, es bastante.

Tommy Larrey dirigió al niño una última mirada. Ni siquiera se atrevió a darle la mano, a pesar de que había iniciado un tímido gesto para ello.

Lentamente, como si le costara un esfuerzo terrible arrancarse de allí, dio media vuelta.

El niño se le quedó mirando mientras caminaba pesadamente hacia una puerta que —él no lo sabía aún— daba al pasillo de los condenados a muerte.

Uno de los guardianes le pasó un brazo por los hombros.

—Vamos, Mich. Hay que salir.

—Pero...

—Hay que salir. Anda, sígueme.

Lukas aguardaba fuera. Lukas, con su cara de viejo tunante, tenía sin embargo los ojos húmedos.

Mientras tanto, el condenado había pasado a una habitación que estaba ya inmediata al patio de la horca.

Los carceleros llamaban humorísticamente a aquella pieza «La habitación del largo suspiro».

Un empleado de la cárcel cortó la parte superior de la camisa de Tommy, valiéndose de unas grandes tijeras, para que la soga no tuviera obstáculos al enroscarse al cuello del condenado.

Luego el verdugo indicó:

—Adelante...

La ceremonia estaba revestida de una fría solemnidad, de una tristeza que helaba el alma.

Tommy miró por última vez el pedazo de cielo gris que se distinguía por encima de las paredes del patio.

Luego subió con paso firme los peldaños de la horca. Dejó que le atasen las manos a la espalda.

La soga fue ceñida a su cuello.

El verdugo musitó:

—¿Te vendo los ojos?

—No. No quiero dar molestias, amigo.

—Entonces, buena suerte.

Tommy Larrey intentó sonreír, intentó morir como un verdadero hombre.

La sonrisa se le quedó helada en los labios cuando la trampilla se abrió bajo sus pies.

Un estertor, una terrible convulsión, un último chasquido.

Luego, nada. La quietud espantosa de la muerte.

El verdugo salió cinco minutos después, tras descolgar el cadáver, y aún encontró a Lukas y al pequeño Mich en la calle.

—Os invito a un trago —ofreció—. ¿Hace?

Lukas murmuró:

—Hace…

Y miró al pequeño Mich.

—No estés triste, hombre, no estés triste…

Mich intentó sonreír. Lo intentó, pero no podía.

Y eso que él ignoraba aún que acababa de despedirse para siempre de su propio padre.

CAPITULO II

El negocio de armas de Lukas no iba mal. A pesar de que lo había instalado muy recientemente, con los ingresos obtenidos en una casa de juego, contaba ya con una clientela buena y hasta selecta. Gentes a las que gustaba emplear armas de calidad.

Pero Lukas se cansaba pronto de las cosas. Y aquella noche, después de la muerte de Tommy Larrey, sintió como si una maciza tristeza se desplomara sobre él. Como si su vida fuera más amarga que nunca.

Estaba haciendo solitarios en el viejo comedor situado tras la tienda, cuando su mujer se sentó ante él.

Su mujer, Lena, siempre era cómo una sombra silenciosa. Nunca le reprochaba nada, nunca protestaba, a pesar de que en su vida habían pasado por muchas épocas tristes.

Le miró un rato, mientras Lukas seguía con los solitarios pensativamente.

Lukas tenía ahora cincuenta años. Había vivido de muchas cosas distintas, y algunas incluso tan dudosas como una casa de juego, pero siempre fue un hombre honrado, a su manera, y sobre todo un gran amigo de sus amigos.

La mujer susurró:

—¿Triste?

—Sí, mucho.

—Aún no me has dicho por qué condenaron a Tommy.

—Le acusaron de robar un diamante de gran valor.

—¿Y lo hizo?

—No. Lo ganó en el juego a un individuo que acababa de llegar de Sudamérica. Fue precisamente en nuestra casa, en una de las últimas noches en que se celebró partida, antes de que cerráramos. De eso hará aproximadamente seis meses.

—¿Por tanto Tommy era inocente?

—Del todo. Y así lo atestigüé. Pero los del jurado no me creyeron porque pesó más la declaración del dueño del diamante, un individuo que había comprado grandes posesiones aquí. Bueno, ¿para qué repetir eso? Ya lo hemos hablado otras veces, Lena...

Ella asintió en silencio.

—Y del diamante, ¿qué se hizo?

—Lo guardo yo. Lo guardo para Mich. Es la única herencia que le

habrá dejado su padre.

—¿Nunca le dirás la verdad?

—Quizá cuando yo muera… Sí, definitivamente entonces se lo diré todo. Le diré que su padre lo había dejado con nosotros, cuando sólo contaba dos años, porque su madre lo había abandonado y él no podía cuidar del pequeño. Le diré también que su padre, Tommy, enviaba una pequeña cantidad de dinero todos los meses.

y que nunca le olvidó. Le diré también que vino a Dallas a recogerlo cuando tuvo ahorrados unos cuantos dólares. Y que… bueno, le diré que entonces sucedió lo del diamante.

—¿Le contarás también que él se despidió de su padre poco antes de que lo ahorcaran?

—No sé si tendré fuerzas para eso.

—Mejor…, mejor que no digas nada.

—El no se ha dado cuenta. Ni siquiera sabía lo que significaba aquella extraña despedida. Mejor será que piense hasta el fin que su padre continúa vivo.

En silencio, Lukas terminó la partida. Las cartas no ligaban. Aquel día, definitivamente, era un día de mala suerte.

—Pienso dejar todo esto, Lena —susurró.

—¿Por qué?

—Dallas es una ciudad que se me está llenando de malos recuerdos.

—Pero nuestro negocio marcha bien…

—De acuerdo. Sin embargo, quiero sacar a Mich de aquí. Alguien podría explicarle la verdad de lo sucedido, y eso amargaría su vida.

—¿Tanto le quieres?

—Amo a ese chiquillo como si fuera mío —dijo sencillamente Lukas.

—Yo también —confesó Lena, con un suave y silencioso gesto.

—Sabes que yo me canso pronto de todas las cosas, pero en el fondo siempre he anhelado poseer un rancho. Un rancho pequeño, claro, para que dé poco trabajo, pero del cual se pueda vivir. Además, Mich se crearía un porvenir en él.

También a ella le complacía aquella idea que los alejaría de la tumultuosa Dallas.

Al principio nada le había importado, pero al pensar que tenían que educar a un niño, se sentía llena de un hondo sentido de la

responsabilidad.

Pensaba que una tienda de armas no es el mejor lugar para que un muchacho aprenda a vivir. En cambio, un rancho les pondría en contacto con la Naturaleza, les haría más limpios de espíritu y más fuertes de cuerpo.

Asintió.

—Precisamente oí hablar ayer por casualidad de un rancho que está a unas cien millas de aquí —dijo—. Es pequeño, pero con excelentes tierras y una buena punta de ganado. Creo que justamente es eso lo que nos interesa. En cuanto a la tienda...

—No te preocupes. La tienda la venderemos a buen precio.

Al día siguiente Lukas se puso en movimiento haciendo dos cosas: Colocó un cartel en la puerta de su establecimiento anunciando que estaba en venta, e hizo un largo viaje de cien millas para visitar el rancho de que le había hablado su mujer.

No regresó hasta cuatro días más tarde. El rancho le había gustado mucho, y su precio era conveniente. Para entonces ya tenía también tres ofertas por su tienda de armas.

Las tres eran buenas, y se decidió al fin a vender a su amigo Charlie Evans, que en los buenos años de su juventud había sido un jugador y un tramposo de marca.

Aún le quedaron dos mil dólares, contando todos los gastos de la compra del rancho y las mejoras que pensaba introducir en él.

Por eso, dos semanas después de la muerte de Tommy, su hijo emprendía un viaje que le pareció una maravillosa aventura. Vio como los que creía sus padres instalaban todos sus enseres en un enorme carromato de los llamados galeras, se despedían de todo el mundo, organizaban una gigantesca borrachera para celebrar el acontecimiento, y se largaban en busca de nuevos horizontes. A él, sentado en el pescante del enorme carro, le parecía que éste no avanzaba lo bastante aprisa. Le parecía maravilloso aquel mundo ancho y desconocido que descubría por primera vez, pues desde que empezaron a fijarse sus recuerdos no se había movido de Dallas.

Tardaron tres días en recorrer las cien millas que les separaban del rancho.

Este era realmente hermoso y tenía un magnífico aspecto de prosperidad. Los dueños actuales, que lo vendían a Lukas, no le habían engañado en nada.

Las tierras eran buenas; el ganado sano y de excelente raza, además muchas de las hembras estaban en pleno período de reproducción.

Lo único que no le habían dicho eran los motivos por los que estaban dispuestos a vender.

No habían mencionado que el rancho se encontraba aislado en el camino más utilizado por todos los granujas, todos los desalmados y todos los buscadores de fortuna que se encaminaban hacia la turbulenta Dallas.

Aquella familia ya había tenido dos muertos en tres años. Consideraban que era suficiente.

Por eso, cuando Lukas y los suyos se establecieron allí, ellos abandonaron aquella tierra con un sentimiento de alivio.

Lukas empezó a darse cuenta de que no todo era tan maravillosos como había creído cuando empezó a tratar de contratar hombres para su nuevo rancho.

Le había parecido que aquélla sería tarea fácil y rutinaria. Que sólo necesitaría mover un dedo para tener tantos hombres como quisiera, porque en aquel tiempo Texas no estaba falta, precisamente, de elemento humano.

Pero empezó a tener sorpresas.

—Yo no quiero ir a esa tierra. En los últimos tiempos allí no se ha hecho más que pelear.

—Pero ¿por qué? ¡Si hay tierra para todos!

—Demasiados pistoleros pasan por allí.

—El rancho está en el centro de lo que llaman «la ruta de los malditos».

—Si usted va a vivir allí, más vale que se acueste todas las noches con un rifle cargado, amigo.

Lukas empezó a darse cuenta de que había cometido un error.

Había intentado terminar tranquilo el resto de sus días y ahora resultaba que iba a tener más guerra que nunca.

En las primeras semanas se las compuso como pudo.

Sólo pudo contratar personal que iba de paso, y hubo de trabajar más que en todo el resto de su vida. También el pequeño Mich le ayudó bastante, pese a sus pocos años.

Hasta que un mes aproximadamente después de la compra del rancho, pasó por allí la banda de Gordon.

* * *

La banda de Gordon estaba compuesta por ocho hombres. Habían estado actuando en el Norte durante algunos años, con no demasiada fortuna, porque allí los *sheriffs* pegaban fuerte. La tierra nueva de Texas se les ofrecía como más prometedora.

Cuando avistaron el modesto rancho de Lukas, el sol estaba en su cénit. Los árboles apenas proyectaban sombra.

Lukas los vio. Bastaba mirar a aquellos tipos para darse cuenta de cuál era su «trabajo».

Lukas pidió a Lena, con una sola mirada, que ocultase al niño. Pero ya no llegó a tiempo.

Gordon, que era joven, bajito y algo grueso, consideró que allí habría dinero.

Llevaba pocos dólares, y no quería entrar en Dallas como un miserable. Dallas era una gran ciudad, un sitio donde Gordon y sus hombres pensaban vivir como auténticos caballeros.

La cuadrilla puso sus corceles al galope, y entre todos formaron un semicírculo en torno a las tres personas que les miraban desde la puerta.

Lukas tenía los nervios bien templados. Preguntó:

—¿Qué quieren, amigos?

—Comida y bebida.

—No hay aquí gran cosa para complacerles.

—Deja que lo veamos.

—Con mucho gusto. No se niega hospitalidad a nadie que la pida.

Gordon lanzó una carcajada.

—Sí, amigo. La pedimos.

Todos desmontaron y se adueñaron materialmente del rancho. Al principio pareció como si sólo quisieran comer y beber. Lena, que conocía la situación, se desvivió por atenderles.

Gordon y sus hombres bebieron durante varias horas, y sus insolencias fueron subiendo de tono. Afortunadamente, Lena era ya una mujer bastante mayor, que no podía despertar en exceso las apetencias más miserables de aquellos hombres.

Pero Gordon, ahíto de alcohol, se empeñó en que allí debía haber alguna chica oculta.

—Cuando hemos llegado tratabais de esconder al niño, malditos. Igual podéis haber ocultado a una chica.

—No tenemos hijas ni sirvientas.

—Eso será fácil de comprobar.

—Podéis registrar el rancho.

—No.

—¿No?

Ni Lena ni Lukas entendían a aquellos hombres, que les llevaban de sorpresa en sorpresa, pero cuya peligrosidad se hacía mayor a cada minuto que pasaba.

Habían bebido tanto que ya no quedaba en ellos ni una pequeña dosis de humanidad.

El pequeño Mich contemplaba todo aquello desde un rincón, sin entenderlo, pero con los ojos dilatados por el miedo.

La salvaje carcajada de Gordon duró casi un largo minuto.

—No, no registraremos el rancho —barbotó—. Puede haber aquí muchos escondites. Pero si tenéis oculta a una chica, ella saldrá.

—¿Qué..., qué pretendéis?

—Incendiaremos el rancho.

Lena se dio cuenta de que no bromeaban. Se dio cuenta de que aquel horror era perfectamente posible. Lanzó un grito, intentó detener a Gordon y éste la lanzó al suelo de un terrible manotazo.

Lukas fue en otra época un buen tirador. Nunca había consentido, además, que molestaran a una mujer en su presencia.

Fue a echar mano a un pequeño «Derringer» que llevaba oculto desde sus tiempos de jugador.

Lukas entendía de armas y no necesitaba más que unas fracciones de segundo para que una de éstas funcionase bien. La bala alcanzó a uno de los pistoleros en plena cabeza.

Se escuchó un terrible aullido, y los restantes siete hombres se movieron como un solo cuerpo.

Todos tocaron sus revólveres a la vez.

Después de la muerte de su compañero, parecían fieras sedientas de sangre.

Lukas se llevó las manos al pecho, donde había recibido una rociada de balas.

Lena intentó cubrirle.

Su última y angustiosa mirada fue dirigida a Mich.

—¡Huye! ¡Huye, Mich, huye…!

Las palabras murieron en sus labios.

Dos balazos la silenciaron para siempre.

Gordon, que era el que acababa de disparar, sopló socarronamente sobre el cañón de su revólver.

Mich, aterrorizado por lo que acababa de ver, no hizo sin embargo gesto de huir.

Por el contrario, se lanzó sobre los que él consideraba sus padres, en un vano intento de ayuda.

Gordon disparó otra vez.

El pequeño fue impulsado hacia atrás como por la fuerza de un huracán. Cayó llevándose ambas manos al pecho.

Gordon rió de nuevo.

Miró a sus hombres, que guardaban ya los revólveres calmosamente. Todos agotaron el whisky que aún quedaba en sus vasos.

—Bueno, muchachos, adelante.

—¿Hay que quemar el rancho?

—Sin perder un minuto.

—Pero ¿de veras crees que hay una chica escondida aquí?

—Puede que no la haya, pero de todos modos será un trabajo que Priscille nos agradecerá. Hay que empezar a demostrar que estamos dispuestos para el trabajo.

La pandilla de granujas no tuvo que buscar mucho.

Había fuego en el hogar. Algunas antorchas fueron encendidas inmediatamente.

Se dieron cuenta de que el niño aún estaba con vida, pero eso no pareció importarles demasiado.

Apilaron los escasos muebles en el centro de la habitación y les prendieron fuego. Varias antorchas fueron lanzadas también desde el exterior, sobre la techumbre.

Pronto la casa no fue más que una tea. Gordon y sus hombres la contemplaron en silencio.

Sus rostros brillantes no parecían rostros de hombres. Eran como extrañas cabezas de bestias.

Sus manos acariciaban las culatas con un gesto instintivo, mecánico.

De pronto, Gordon se volvió.

—Bueno, vamos.
—¿A Dallas?
—Hay que llegar allí cuanto antes.

* * *

No se dieron cuenta de que la hoguera había llamado la atención de dos viajeros.
Eran dos tipos altos, delgados, uno de los cuales llevaba en el chaleco una estrella de comisario.
El otro llevaba las manos atadas sobre el pomo de la silla, de modo que no pudiera escapar.
El de la estrella gruñó:
—Pero ¿qué diablos es eso?
—Ya lo ve, amigo. Una fiesta.
—Pues yo distingo a siete tíos mirando las llamas. Deben ser ellos los que han incendiado el rancho.
—Por eso le digo que es una fiesta.
—¡Malditos hijos de perra...!
Picó espuelas. El otro le siguió.
No le siguió voluntariamente, sino porque no tenía más remedio. Los dos caballos estaban atados.
Gordon los vio venir. Pero no se dio cuenta hasta que estuvieron prácticamente encima.
El hombre de la estrella se había percatado ya de lo que sucedía, y no perdió tiempo.
Movió su revólver mientras lanzaba en voz alta unos cuantos insultos que no pueden transcribirse.
Uno de los pistoleros, justo el que estaba delante de Gordon, cayó con la cabeza hecha pedazos.
Pero quedaban seis hombres, y los seis actuaron al mismo tiempo, como parecía ser costumbre en ellos.
Seis disparos rasgaron la quietud del anochecer.
Dos de las balas alcanzaron justamente la estrella que reposaba sobre el chaleco.
El comisario dio un salto sobre la silla, se llevó las manos al pecho y cayó del caballo pesadamente.
El hombre que estaba tras él había actuado con rapidez fulminante.

Imposibilitado para moverse, había procurado al menos que no le liquidaran también.

Su flexible cuerpo se pegó a uno de los flancos del caballo, confundiéndose con él.

Se hizo materialmente invisible.

Los hombres de Gordon escrutaron el paisaje. Iluminados vivamente por las llamas, toda la reata de la llanura les parecía envuelta por las tinieblas.

—¿Quién debía ser ése?

—Un viajero solitario. Hala, larguémonos.

—Pueden venir otros. Tienes razón. ¡Aprisa!

Los seis hombres picaron espuelas, haciendo girar sus caballos velozmente. Todos creían a pies juntillas que el hombre a quien acababan de matar era un viajero solitario que llevaba tras él un caballo atado con el resto de su equipaje.

Unos momentos después habían sido tragados por las sombras del anochecer, cada vez más espesas.

Pronto no se oyó ni el rumor de los cascos de sus caballos.

* * *

El hombre que iba atado al pomo de la silla se puso entonces en movimiento.

Hasta entonces había actuado sólo por instinto, haciendo lo único que podía hacer: librarse de la muerte.

Ahora, cuando notó que el peligro había pasado, alzó el cuerpo lentamente.

Todo estaba iluminado por el resplandor dantesco de las llamas, en torno de las cuales la escena daba la sensación de una auténtica pesadilla.

El joven sabía que no podría librarse de las ligaduras fácilmente. Por eso no tuvo otro remedio que morderlas, ahora que no le vigilaba nadie, hasta conseguir librarse. Pero tuvo la sensación de que iba a estar escupiendo cáñamo durante dos horas.

Cuando estuvo libre, se acercó lentamente al hombre de la estrella. Este respiraba fatigosamente. Tenía el pecho cubierto de sangre, y las manos se crispaban sobre la espantosa herida.

Al ver al joven musitó:

—Por fin... lo conseguiste, Johnny...

—¿Escaparme?

—No veo... que yo pueda... detenerte ahora.

—Lo siento, comisario Flanagan... Si yo hubiese tenido las manos libres.

—Es mejor así, Johnny...

—Voy a llevarle hasta la población más cercana, comisario Flanagan. Allí le curarán.

—No es necesario que intentes tranquilizarme, tunante... Tú sabes bien que estoy listo. Lo has sabido desde el primer momento, desde que viste cómo caía.

Johnny movió lentamente la cabeza.

—Crea que lo siento, Flanagan... Aunque me llevaba a Dallas para que me ahorcasen, no era usted tan mal bicho como otros.

—Oye, Johnny...

Johnny se arrodilló junto al comisario y le sostuvo la cabeza con la mano derecha.

—Diga, Flanagan.

—No vuelvas a las andadas, Johnny... Y entiérrame de cara al noroeste. Mi mujer y mis hijos viven allí, en el territorio de Washington... Si alguna vez puedes..., diles dónde está mi tumba.

—O.K., Flanagan.

—Gra... gracias...

Flanagan intentó sonreír. Hasta el último instante quería mostrarse como un hombre entero y valiente.

Alzó un poco la mano izquierda, como en una muda despedida, y de pronto su cabeza cayó a un lado.

Había dejado de existir.

Johnny se frotó las muñecas, que aún le dolían, después de soltar al comisario.

Luego le despojó de la estrella. Pensó que al comisario ya no iba a servirle para gran cosa.

No parecía estar demasiado impresionado por lo ocurrido.

Registró los bolsillos, en último lugar, y se apoderó del dinero y de la documentación de Flanagan. Con ella había un recorte de periódico que el joven leyó:

«Johnny Busteman conducido a Dallas, donde será ahorcado. Se trata del famoso pistolero que actuó en un circo como tirador y que luego mató a siete hombres en un solo desafío.»

Seguían detalles sobre la historia de Johny Busteman, una

historia que hubiera hecho erizar los cabellos a muchos hombres de Texas.

Pero Johnny se limitó a encogerse de hombros y a buscar con los ojos una pala que le permitiera abrir una fosa.

La encontró entre los restos calcinados y se puso a trabajar sin pérdida de tiempo.

Fue entonces, a mitad de su lúgubre tarea, cuando vio a aquel niño al borde de la fosa. Aquel niño cubierto de sangre.

CAPITULO III

Johnny dejó caer la pala.

Sus ojos asombrados contemplaron las facciones del pequeño, que debía tener unos siete años y avanzaba hacia él con rodillas vacilantes, como si fuera a caer de un momento a otro.

Johnny saltó hacia él.

Justo cuando le sostenía, las fuerzas del niño expiraron y su cuerpecillo se perdió entre los brazos poderosos del hombre.

Johnny le situó cerca de la casa, que aún seguía iluminándolo todo con el resplandor de sus pavesas, y le desabrochó la camisa. Vio en seguida que le había alcanzado un balazo, atravesándolo por completo. En este caso el reducido volumen de su cuerpo había sido una ventaja, porque una bala con orificio de salida es siempre mucho menos peligrosa que una bala empotrada en la carne.

El joven estudió la trayectoria del plomo.

No había atravesado ningún órgano vital, aunque el niño corría el peligro de desangrarse.

Johnny buscó en el caballo de Flanagan el estuche para curas que éste siempre llevaba consigo. Lo abrió y realizó una meticulosa limpieza de los orificios. Como el niño había perdido el sentido, no notó el dolor.

A continuación, Johnny le vendó cuidadosamente. El pequeño ya no perdería más sangre. Aún iba a estar grave, pero seguramente sobreviviría a la terrible prueba. Era milagroso que la bala no le hubiese matado, y también parecía milagroso el que hubiera logrado escapar a las llamas que lo acababan de devorar todo.

Johnny se puso en pie.

Sintió que el odio nacía de nuevo en su alma.

El odio era un viejo amigo suyo del que había intentado apartarse en los últimos tiempos. El odio le había hecho pelear y matar. Y ahora sentía que sus manos buscaban nuevamente el contacto de los revólveres, aquel contacto que presagiaba la muerte.

Trató de imaginar dónde estarían ahora todos aquellos malditos asesinos.

Camino de Dallas, sin duda.

Y Johnny, apretando los puños, se dijo que pronto Dallas recibiría su visita.

CAPITULO IV

En Dallas Te estaba celebrando una boda. Una boda por todo lo alto.

Priscille Ferguson, una hermosa mujer de treinta años, iba a contraer matrimonio con Percy, el ranchero más rico de la comarca. Percy era viudo y contaba en aquellos momentos unos sesenta años de edad.

La mejor sociedad de Dallas asistía a la ceremonia, que casi había paralizado por unas horas la vida de la ciudad.

Priscille estaba hermosa como nunca. Su vestido de novia había sido confeccionado por modistos de Filadelfia y traído hasta allí en tren y luego en diligencia especial. Las joyas que lucía para aquella ocasión valían una fortuna.

En cuanto a Percy, lucía un chaqué última moda y que había sido confeccionado por un sastre de primera clase. No obstante, difícilmente podía disimular su escasa estatura, sus piernas algo torcidas, de contumaz jinete, y su vientre demasiado abultado.

Devoraba a Priscille con los ojos, denotando con su expresión lo mucho que aquella mujer le apasionaba.

Incapaz la iglesia local de contener el gentío, docenas de personas intentaban seguir desde el porche, y aun desde la calle, los detalles de la ceremonia.

Por eso apenas nadie se fijó en aquellos seis hombres barbudos y cubiertos de polvo que acababan de llegar a la ciudad.

Parecían haber realizado un largo y pesado viaje. Sus rostros hubieran sido reconocidos fácilmente por el *sheriff* local caso de encontrarse éste en la calle, pero el *sheriff* era uno de los invitados de honor a la ceremonia, y por tanto no se enteró de nada. Los seis hombres pudieron descabalgar tranquilamente ante el mejor hotel de la ciudad, que precisamente se hallaba frente a la iglesia.

Gordon volvió la cabeza hacia atrás.

—¿Qué infiernos pasa ahí? ¿Cuelgan a alguien?

—¿Cómo van a colgar a nadie en una iglesia?

Gordon se dio una palmada en la frente.

—¡Ah, ya sé! ¡Qué casualidad! ¡Hemos llegado justo a tiempo!

—¿A tiempo de qué?

—De ver la boda de Priscille.

Todos se volvieron hacia la iglesia.

Las exclamaciones brotaron de sus bocas, aunque ninguna de ellas estuvo de acuerdo con el respeto que exigían las circunstancias.

—¡Diablos!

—¡La muy zorra…!

—¿Por fin ha pescado a ese tipo?

Gordon se pellizcó el labio inferior.

El hubiera podido explicar muchas cosas de Priscille, cosas que su reciente marido no sabía y quizá no sabría nunca.

—Vamos al hotel, muchachos —decidió—. Tenemos que estar bien guapos para cuando ella salga. La ceremonia aún durará.

En efecto, la boda entre Priscille y Percy duró bastante más de una hora.

Cuando la pareja salió, entre una nube de flores, felicitaciones y puñados de arroz, los seis pistoleros ya estaban allí, en primera fila del público.

Habían tenido tiempo de bañarse, afeitarse y cambiar sus ropas cubiertas de polvo.

Priscille, al salir, vio a Gordon, que sin barba parecía mucho más arrogante y más joven.

Sus labios sonrieron en secreto. Su rostro tuvo una expresión fugaz que sólo Gordon pudo captar.

Gordon sonrió también.

Después de un año de separación, aquellos dos seres se habían entendido sin palabras.

Percy, que acariciaba su prominente estómago, no se enteró de nada.

* * *

Johnny musitó:

—Esto es Dallas, chico.

El pequeño Mich, que conocía perfectamente la ciudad, tuvo sin embargo la sensación de que aquélla era una tierra distinta. Había estado tan cerca de la muerte que todo le parecía cambiado, absolutamente todo, incluso la tonalidad del aire.

—Tú vivías aquí, ¿verdad, Mich?

—Sí, con mis padres.

—Puede que no te haya gustado volver a Dallas.

—Es la única ciudad que conozco.

Johnny picó suavemente espuelas, haciendo que su caballo avanzara con lentitud hacia las primeras casas. El pequeño Mich, que iba sentado ante él, en la misma silla, tuvo un estremecimiento.

—¿Te sientes bien?

—Ahora muy bien.

Johnny cerró un momento los ojos.

Tenía la sensación de que había transcurrido un siglo desde que descubrió a aquel niño al borde de la tumba que estaba abriendo para el comisario. Cien veces, durante aquel tiempo interminable, tuvo la sensación de que Mich iba a morir. Los médicos que hallaron en la ruta le atendieron y le limpiaron la herida. Luego vinieron las fiebres, y Mich tuvo que guardar una semana de cama.

Pero ahora Mich estaba a salvo. Y ahora habían llegado a Dallas los dos.

Cuando penetraron del todo en la ciudad, mediada ya la calle principal, un hombre luciendo una estrella en el chaleco se acercó parsimoniosamente a ellos.

Parecía haberle llamado la atención la otra estrella, la arrebatada al muerto, que Johnny llevaba en el chaleco también.

Le hizo un saludo.

—Hola, amigo.

—Hola.

—Yo soy el *sheriff* de esta condenada ciudad. ¿Puedo saber quién es usted y a qué viene?

—Soy el comisario Flanagan.

—¿Flanagan? ¡Diablo, pero si es imposible!

—¿Por qué había de serlo?

—Le hacía más viejo. Además, yo le esperaba con un detenido, con ese canalla de Johnny Busteman.

—Tuve que matarlo.

—¿Quéeeeee…?

—Intentó huir. Hubo un tiroteo salvaje en un rancho situado a cerca de cien millas de aquí. Para protegerse mejor, ese bandido pegó fuego al edificio y quiso mantener a este niño como rehén. No me quedó más remedio que liquidar a Johnny Busteman. Puedo señalar su tumba a quien lo desee; hay una cruz con su nombre.

Johnny, en efecto, había tenido la precaución de dedicarse una

tumba a sí mismo junto a las ruinas del rancho. Esperaba que con aquello, la estrella y la documentación de Flanagan, nadie daría con él.

El *sheriff* de Dallas le miró con expresión inquieta. El pensamiento de lo ocurrido parecía penetrar muy poco a poco en su mente.

Al fin se resignó.

—Diantre, pero sí que es lástima.

—¿Por qué?

—En Dallas nos hemos perdido una buena fiesta.

—¿Por qué? Iban a ahorcarle aquí, ¿verdad?

—Ahorcarle del todo.

—Nunca he comprendido por qué, a pesar de que yo cumplía la orden de traerlo. Johnny no cometió ningún delito en Dallas.

—Pero el hombre que le capturó vive aquí. Y pidió, como un favor especial al juez, que dejaran ahorcar a Johnny en esta ciudad. El desea ver lo que ocurre.

Johnny quedó lívido.

Lo que nunca hubiera podido imaginar era que Slim, el único hombre que pudo con él, estuviera precisamente en Dallas.

Slim le reconocería. Con Slim no valían trucos.

Johnny sintió que unas gotitas de sudor helado nacían en su frente. Todo el plan en el que confió para volver a ser un hombre libre se había ido al infierno.

El *sheriff* gruñó:

—¿Qué le pasa, comisario?

—Nada… Estoy cansado del viaje. Eso es todo.

—Vaya a aquel hotel.

Johnny tenía las manos quietas sobre el cuerpo de Mich, sosteniéndolo. Se dio cuenta de que el pequeño ardía. Volvía a tener fiebre.

—¿Hay un médico aquí? —preguntó.

—En esa puerta.

Señalaba una elegante casa, contigua al hotel. Johnny descabalgó, sujetando el caballo al amarradero.

—¿Te encuentras mal, Mich?

—No, no es nada.

Johnny se daba cuenta de que el pequeño estaba intentando

disimular. Las heridas sufridas habían sido lo bastante graves para que aún tuviera recaídas. ¡Si ésta no fuera demasiado grave! ¡Si él pudiera largarse de Dallas aquella misma noche, antes de que Slim se tropezara con él!

Pero el médico se encargó de disipar sus ilusiones.

—Conozco a Mich —dijo—. ¡Claro que lo conozco! Este muchacho casi nunca ha estado enfermo, pero ahora no comprendo cómo sigue vivo. ¡Diablos, lo que han hecho con él es una salvajada!

—¿Cree que no podrá seguir viaje?

El médico le miró con asombro.

—Pero ¿qué dice? ¿No se da cuenta de que hierve de fiebre? ¡Podría morir si recibiese un soplo de aire!

Johnny sintió que otra vez las gotitas heladas volvían a aparecer en su frente.

No quería enfrentarse otra vez a Slim. No quería que otra vez volviera a suceder lo que ocurrió la primera ocasión en que se encontraron. Y aunque lograra matarle, ¿evitaría que él hablase? ¿Podría huir luego del acoso de toda una ciudad enfurecida?

Necesitaba huir de allí cuanto antes. Necesitaba salir de Dallas aquella misma noche.

Pero ¿cómo?

—¿No puede quedarse a Mich? —preguntó al médico

—Claro que sí. Pero ¿por qué no se queda usted también?

—Tengo que cumplir una misión fuera de aquí.

En aquel momento los dos oyeron un gemido. Los dos se dieron cuenta de que el pequeño Mich estaba llorando.

Johnny le acarició los cabellos.

—¿Qué te pasa, Mich?

—No quiero que te vayas…

Johnny comprendió lo que le ocurría al niño. Estaba solo y desamparado como no lo había estado jamás. Se sentía perdido en aquella ciudad que había sido la suya.

Johnny apretó los labios.

No tenía fuerzas para alejarse de allí. No podía dejar solo a un niño que durante los últimos días había sido su único compañero.

—¿Vive aquí un tal Slim? —preguntó al médico.

—Sí, claro.

—¿Y a qué ha venido a Dallas?

—A casarse. Su novia es una tal Jennifer, que tiene fama de ser la chica más bonita de la ciudad. Por cierto, su padre, Percy, se casó hace poco también en segundas nupcias, después de llevar muchos años viudo. Su esposa es una tal Priscille. ¡Bonita mujer!

A Johnny aquel nombre no le dijo nada. No sabía lo que significaba.

Pero resolvió quedarse en Dallas, sólo para no ver llorar a Mich.

CAPITULO V

Gordon se sentía a gusto en la ciudad de Dallas.

Vestía ropas nuevas y limpias, podía beber todo lo que le venía en gana y además veía de cerca a una de las mujeres que más le habían gustado en su vida. Aquella mujer era Priscille.

Justamente en este instante Priscille se arreglaba el vestido en uno de los cobertizos de la pradera donde se habían reunido ambos. Aquel cobertizo pertenecía al rancho de Percy, pero Priscille había dado orden de que nadie se acercase por allí, y estaba segura de que no les sorprenderían. Su marido, Percy, era demasiado comodón para llegar hasta allí a caballo en plena época de calor.

Respirando agitadamente, la hermosa mujer arregló sus cabellos ante un espejo, mientras Gordon la miraba.

Nunca la había encontrado tan hermosa como en aquellos momentos.

El silencio de los campos.. y el perezoso revoloteo de las moscas hacían aún más sensual aquella escena.

Priscille se volvió y dejó que su mirada brillante reposara sobre las facciones de Gordon.

—Tienes que empezar a actuar —dijo con suavidad—. Esta pereza va a terminarse.

—¿Es que has trazado ya un plan?

—Lo tenía trazado desde que os pedí que vinierais aquí y desde que decidí casarme con Percy.

—Sé lo que piensas, pero es demasiado peligroso.

—¿No te atreves, Gordon?

—¿Y por qué no iba a atreverme?

—Si logro añadir a lo que ya tengo un par de ranchos más, no habrá otra mujer como yo en la comarca.

—Eres ambiciosa, Priscille.

—Soy como debo ser. ¿O no estás conforme?

Gordon sonrió. Claro que estaba conforme con lo que la mujer dijese. El haría cualquier cosa, todo lo que ella le pidiera.

—Dame más detalles —pidió.

—Es sencillo. Se trata de los ranchos de Glenn y de Josbas.

—Glenn y Josbas son alguien aquí, según he podido averiguar. No son unos muertos de hambre. Resultará difícil luchar contra ellos.

—Lo sé.

Priscille se acercó sinuosamente. Tenía unas caderas anchas, redondas y firmes. Gordon, hombre que había corrido mucho mundo, no recordaba haber visto jamás a una mujer como ella.

Las manos de Priscille acariciaron su rostro. La sola presencia de la mujer nubló sus pensamientos.

—No será fácil, pero tampoco tan difícil —susurró ella—, Sois los hombres más decididos de la ciudad, y además contáis con el refugio que yo os puedo proporcionar en el rancho de mi marido. Ningún *sheriff* se atreverá a desafiar a Percy en su propio terreno. Jamás unos pistoleros habrán podido trabajar con tantas garantías como los tuyos. Dentro de poco seremos inmensamente ricos. Los ranchos de Glenn y de Josbas no significan gran cosa en sí, pero son los únicos competidores que tiene mi marido para el negocio de la ganadería en esta comarca. Eliminados ellos, el beneficio se multiplicará por diez.

Gordon se sentía perezoso.

El calor, la placidez de la tarde, la presencia de la mujer, le hacían desear con más intensidad aún los placeres de la vida. Nada más lejos de su pensamiento que, ahora que lo tenía todo, empezar con los revólveres una lucha que podía resultar fatal.

—Tú ya eres muy rica —dijo suavemente, mirando el fondo de los ojos de la mujer—. Hasta tu boda con Percy fuiste una aventurera, pero ahora te sobra el dinero.

—Necesito más.

—¿Para qué? ¡No podrás gastar nunca lo que ya tienes!

Ella apretó los labios tenazmente.

—Soy ambiciosa.

—¡Infiernos! Nunca comprenderé a las mujeres. Tú y yo nos hemos conocido en épocas mucho peores, Priscille. Ahora te veo convertida en una gran señora y resulta que es ahora cuando no estás satisfecha. Lo tienes todo. Un rancho magnífico, dinero para gastar, un hombre que te quiere…

Y acarició audazmente a la mujer, sintiendo que el deseo volvía de nuevo a él en cálidas oleadas.

Ella se apartó.

—No hemos venido aquí a perder el tiempo, Gordon.

—Yo no lo pierdo…

—¡Vete al diablo!

Priscille caminó cadenciosamente hacia el otro lado de la pieza. Sabía que haría lo que quisiera con Gordon. Sabía que él no iba a resistir ninguna de sus peticiones.

—Tienes que empezar a imponer nuestra ley en la comarca —dijo con voz espesa—. Tienes que hacer que los otros rancheros se vayan.

—Ya echamos a unos a cien millas de aquí. Los echamos para siempre.

—Cien millas es demasiado lejos. Necesito echar a Glenn y a Josbas, que están en la propia Dallas.

Gordon se puso en pie.

El calor le enervaba, y el sonido perezoso de las moscas al revolotear le llenaba de sórdidos deseos.

Pero sabía que ahora Priscille ya no le haría caso. Ahora Priscille estaba dominada por la obsesión del dinero. El dinero había sido realmente la única gran pasión de su vida.

—De acuerdo —dijo Gordon con suavidad—. Se hará como tú pides. Mañana mismo empezaremos a actuar.

* * *

Gordon fumó satisfecho.

Había transcurrido un día entero de su entrevista con Priscille, y durante ese breve tiempo él había estado observando nuevamente la ciudad, llegando a la conclusión de que no había peligro para sus hombres. El *sheriff* era un monigote a sueldo de Percy, y los otros dos rancheros poco resistirían si se les atacaba en sus puntos más vitales.

Precisamente Gordon iba a asestar ahora un golpe de muerte al ranchero Glenn. Después de aquello, no tardaría ni dos semanas en largarse de la comarca.

Estaba en uno de los *saloons* de la ciudad, enfrente del almacén más importante de Dallas. Le acompañaban dos de sus hombres.

Gordon preguntaba en este momento en voz baja, a pesar de que el *saloon* se hallaba prácticamente vacío y nadie podía oírles:

—¿Habéis visto a la chica que ha entrado en ese almacén?

—Sí. Una chica con un vestido rojo.

—Es la hija del ranchero Glenn. Lo que tenéis que hacer con ella

es muy sencillo.

Los dos hombres sonrieron a la vez.

Tenían caras casi iguales, como si hubieran sido hechos con el mismo modelo.

—¿Disparar?

—Eso es fácil. La liquidáis en menos de un segundo, y yo fingiré ir a ayudarla. Una vez el trabajo esté cumplido, os largáis prudentemente de la ciudad durante un par de semanas. Prácticamente sois desconocidos aquí. Nada ocurrirá.

—Desde este puesto será un poco difícil ver la cara de la chica.

—¿Y qué importa? No hay modo de confundirla. El vestido rojo es la mejor señal que podíais esperar.

—De acuerdo.

Los dos hombres pusieron las manos sobre las culatas, mientras miraban fijamente la puerta del almacén. Esta se encontraba al otro lado de la amplia calle. Los disparos resultarían mortales, a pesar de la relativa distancia.

Sólo había que mirar el vestido rojo.

Entraba bastante gente en el almacén, y también salía. Casi todos eran hombres. Entró también una hermosa muchacha llevando un vaporoso vestido azul.

Mientras tanto, en el exterior, Gordon paseaba poco a poco y se mondaba los dientes con un palito, como si no tuviera nada mejor que hacer.

Esperaba los disparos de sus hombres para correr hacia el otro lado, simulando inocencia, como si quisiera ayudar a la chica.

Cuando Glenn supiera que acababa de morir su única hija a manos de unos desconocidos, no vacilaría en largarse de la comarca. Determinados grados del horror no puede resistirlos un hombre.

¡Y todo iba a ser tan sencillo!

Nadie en la calle, tranquila y apacible bajo el sol, sospechaba siquiera lo que iba a ocurrir.

Mientras tanto, en el almacén, la chica del vestido rojo sonrió al ver entrar a la que llevaba un vestido azul.

—Buenos días, Jennifer.

Jennifer, la hija de Percy, sonrió a la muchacha vestida de rojo. Esta era la hija del ranchero Glenn. A pesar de que sus respectivos padres eran rivales, las dos muchachas se profesaban una buena

amistad.

Jennifer susurró:

—Venía a comprar unas cosas que necesito. ¿Sabes que llevas un bonito vestido?

—Aquí tienen varios modelos de este color rojo. Celebró que te guste.

—¿Habría alguno de mi medida?

—¡Claro que sí!

—Pues voy a probarme uno. Si me sienta bien me lo llevaré puesto.

—¿Le gustará a tu novio?

—¿A Slim?

—Sí, claro. No tienes otro…

Jennifer rió.

Era una muchacha morena, sana, de perfectas curvas, cuyos ojos levemente tristes daban a su rostro un leve matiz poético.

—Claro que le gustará.

El dueño del almacén ya las estaba atendiendo. Sacó una colección de magníficos vestidos rojos.

Jennifer pasó al probador, y se probó un par de ellos.

El segundo le sentaba magníficamente bien, era como una funda que modelaba la maravillosa precisión de sus curvas.

—Me lo quedo.

—¿Quieres llevártelo puesto, Jennifer? —preguntó el dueño del almacén.

—Sí, me sienta muy bien. Puedes envolverme el vestido azul que llevaba puesto.

—De acuerdo. Ya le enviaré la factura a tu padre.

Jennifer salió. La chica del primer vestido rojo, la que debía morir según el plan de Gordon, aún estaba eligiendo una serie de prendas interiores.

—¿Te vas?

—Sí, tengo prisa.

—Adiós, Jennifer.

—Adiós.

Jennifer salió a la calle con su nuevo vestido rojo. No se dio cuenta de que un hombre paseaba lentamente por el porche frontero. No se dio cuenta tampoco de que otros dos desconocidos

salían del porche con las manos sobre las culatas.

De pronto dos revólveres salieron a la luz.

Jennifer se dio cuenta en el último segundo de lo que iba a ocurrir. Lanzó un grito.

En aquel momento otro hombre, a quien no había visto jamás, saltó a su lado. Parecía haber brotado del centro de la tierra.

Sonó una detonación.

De los dos hombres que estaban en el porche frontero, uno, el de la izquierda, pareció haber sido mordido por una serpiente.

Dio un extraño salto, soltó el revólver y cayó luego hacia atrás, mientras una veloz mancha de sangre se dibujaba en su camisa.

El otro intentó ser más rápido que aquella especie de diablo que parecía haber brotado del suelo.

Disparó, pero en el mismo momento una especie de calambre recorrió su brazo derecho.

Johnny, pues no era otro el hombre que acababa de salvar la vida a Jennifer, acababa de alcanzarle con un balazo en el codo. Algo parecido a una descarga eléctrica movió al pistolero. La bala salió alta, mientras el asesino se encogía.

Quedó de rodillas en el porche, sosteniendo difícilmente el revólver que resbalaba de entre sus dedos.

Y en aquel momento ocurrió algo que le pareció increíble.

Vio avanzar a Gordon.

Gordon tenía una extraña expresión en el rostro. Un revólver de cañón extralargo brillaba en su mano derecha.

Sólo en el último segundo el pistolero se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Una expresión de horror deformó su rostro.

—¡Noooo...!

La bala disparada por Gordon, por su propio jefe, le hizo callar al volarle la cabeza.

Después del disparo se hizo en la calle un instante de estupor, de espantoso silencio.

El humo de la pólvora formaba suaves volutas que se confundían con el polvo.

Gordon miró al otro lado de la calle. Una expresión de inocencia asomó a su rostro.

—Era un repugnante asesino de mujeres —dijo—. Me he dado cuenta de lo que iba a hacer. ¡No puedo soportar esa clase de tipos!

Johnny dijo lentamente:

—Sí, claro.

Sus ojos quietos, muy quietos, parecían los de una estatua fundida en metal.

Pero en aquel momento necesitó volverse. Jennifer se había apoyado en él. Parecían faltarle las fuerzas.

La muchacha susurró:

—Me ha salvado la vida… No sé cómo agradecérselo… Por favor, le ruego que me acompañe a casa. Quiero presentarle a mis padres y a mi prometido. Mi prometido Slim.

Johnny tragó saliva.

CAPITULO VI

No podía negarse.

La hermosa muchacha parecía decidida a agradecerle de algún modo lo que había hecho por ella, y seguramente le parecía que presentarle a sus padres y su prometido, introducirle en fin en el círculo de su familia, era la mejor prueba de gratitud.

De todos modos, Johnny pretendió esquivar la cuestión.

—Tengo que visitar a un enfermo —explicó.

—¿Algún familiar?

—Bueno, en cierto modo... Se trata de un niño con quien hice amistad en un rancho destruido.

—¿Se encuentra grave?

—No. Ayer tenía fiebre, pero ahora ya está mucho mejor.

—¿No podría traerlo a nuestro rancho? Usted, si está solo, no podrá atenderlo bien. Y nosotros lo cuidaríamos allí como si fuera de nuestra familia.

—Me temo que no pueda ser, señorita.

—De todos modos, yo le ruego...

Johnny se encogió de hombros imperceptiblemente. Bueno, quizá fuese peor intentar esquivar a Slim. El destino tiene esas cosas y es imposible luchar contra él. Cuanto antes pasara el mal trago, mejor.

—Bueno —dijo—, la acompañaré con mucho gusto, aunque no necesita agradecerme nada.

Volvió la cabeza, y de pronto sus ojos se encontraron con los ojos de Gordon.

Tuvo una sacudida.

¿Dónde había visto antes a aquel hombre? ¿A quién infiernos le recordaba?

No pensó que pudiera ser uno de los tipos a los que había visto fugazmente junto al rancho incendiado, disparando contra el comisario Flanagan. Se dijo que quizá lo había visto en algún lejano lugar, durante sus largas correrías.

Gordon, por otra parte, sonreía ahora con una dulce expresión de inocencia, como si en su vida hubiera manejado un revólver.

—¿No nos hemos visto antes, amigo? —preguntó Johnny.

—Estoy seguro de que no.

—Su rostro me parecía conocido. Pero quizá me estoy confundiendo.

—Seguro, amigo.

Los cadáveres iban siendo retirados ya. La calma renacía en la calle poco a poco.

Johnny subió al carruaje que la muchacha tenía estacionado cerca de allí. Pero dejó que ella lo hiciese primero, y pudo ver el cadencioso movimiento de sus caderas y la línea suavemente curva de sus pantorrillas.

Era una muchacha de endiablada belleza, una belleza que entraba por los ojos como un impacto, y Johnny hubo de reconocerlo aunque tenía su mente ocupada en cuestiones más graves.

Cuando salieron de Dallas, dirigiéndose hacia el Norte, ella, que guiaba con cierto nerviosismo, comentó:

—Aún no nos hemos presentado...

—Me llamo Johnny.

—Yo, Jennifer.

—Soy un mal bicho, una especie de vagabundo. Harás bien en no dedicarme demasiado tiempo.

—¿Un mal bicho? ¡Pero si llevas una placa de comisario!

Johnny volvió a tragar saliva. Diablos, ya había olvidado que él robó la placa a Flanagan. Ya había olvidado también que estaba usurpando su nombre.

—Eso no tiene que ver... —dijo vagamente.

—¡Claro que tiene que ver! Un comisario ha de ser recibido con confianza en todos los hogares. Por cierto, el mío es uno de los mejores de la comarca, y me gustaría que tomaras posesión de él. No sé cómo pagarte lo que has hecho.

—Ya te he dicho que no me debes nada.

En aquel momento llegaban a la vista de un hermoso rancho. Estaba tan cerca de Dallas que parecía formar parte de la ciudad. Era un hermoso lugar que a primera vista ya se adivinaba colmado de todas las bendiciones.

Un numeroso grupo de vaqueros trajinaba por las cercanías. Todos miraron a Jennifer, y un especial sexto sentido advirtió a Johnny que todos la deseaban en secreto. ¿Pero qué le importaba a él? Había venido al rancho solamente para no desairar a la

muchacha.

Sus ojos escrutaron el paisaje por si distinguía a Slim.

Estaba presto a que ocurriera lo inevitable.

Pero no vio por allí a nadie que le resultase conocido.

Cuando descendieron del carruaje, Johnny tuvo la sensación de que unos ojos se clavaban en él. Unos ojos que parecían atravesar su piel, penetrar hasta el fondo de sus pensamientos.

Y aquellos ojos quemaban…

Johnny se volvió de pronto.

Fue entonces cuando vio a Priscille por primera vez. Fue entonces cuando se dio cuenta de que era ella la que le estaba mirando.

* * *

El médico dijo:

—Este pequeño ya está bien. No habrá peligro. Pueden marcharse de la ciudad cuando quieran.

—Pues entonces nos iremos hoy mismo.

—¿Por qué tanta prisa?

—Ya le dije que tenía trabajo fuera de la ciudad.

El médico acarició la cabeza del niño después de asegurar el último vendaje.

—Sé que estuvo usted en el rancho de Percy. Fui testigo también del jaleo que hubo en la calle.

—No tuvo importancia.

—¿Qué impresión le causó Percy?

—No podría explicarlo. Quizá…, quizá es realmente un pobre vanidoso que cree ser uno de los hombres más importantes del mundo, cuando en realidad le domina su mujer.

—Ella es hermosa, ¿no?

—Sí… Muy hermosa.

—¿Vio a Slim también?

Johnny decidió fingir ignorancia.

—¿Slim? ¿Quién es?

—El novio de Jennifer, la chica a la que usted salvó. Un antiguo detective de la Agencia Pinkerton, y por tanto compañero de usted en cierto modo. También maneja el revólver como un demonio, de modo que creo que les gustaría conocerse.

—Sí, claro.

—Fue una lástima que no lo viera.

—Tomamos unas copas y estuve mucho tiempo en el rancho, pero Slim no apareció por allí.

—En fin, ya se conocerán en otro momento.

—Sí, eso creo.

Johnny se dirigió hacia la puerta, llevando de la mano al niño, tras pagar sus honorarios al médico.

Entonces oyó un grito en la calle.

Abrió la puerta sin prisas, porque creyó que se trataba de una pelea vulgar, pero lo que vio le hizo tragar aire nerviosamente.

Un hombre de media edad, ya casi un viejo, estaba siendo zarandeado brutalmente por un individuo gigantesco. Otro tipo similar, situado a unos diez pasos, vigilaba la escena.

Sin duda tenía por misión proteger a su compañero en el caso de que éste no pudiera con el viejo.

La ira del gigante parecía haber empezado por un motivo fútil.

—¡Me has dado un pisotón a propósito, maldito! ¡Has querido insultarme delante de todos!

—¿Yo? ¡Pero si apenas nos hemos cruzado!

—¡Yo te haré pagar eso, puerco!

Arrojó al viejo al suelo. Este dio dos vueltas por el polvo a causa de la violencia de la caída.

Se llevó una mano al costado, no para sacar el revólver sino para dominar el dolor.

Pero ése era el gesto que parecían esperar sus enemigos.

Los dos sacaron sus armas a la vez y tiraron rabiosamente.

Alcanzado entre dos fuegos, el caído poco pudo hacer. Su cuerpo se estremeció un par de veces al recibir los brutales impactos. Luego, casi al instante, quedó quieto, con las dos manos agarrotadas sobre una gran mancha de sangre.

Todo había sucedido con tal velocidad que Johnny ni siquiera tuvo tiempo para intervenir. En realidad, no había imaginado que la pelea se resolvería tan brutalmente.

Pero al ver morir al viejo se adelantó un par de pasos, encarándose con los dos asesinos.

Sus ojos brillaban como dos pedazos de metal bruñido cuando dijo:

—¿Llamáis a esto un desafío legal?

—¿Y a ti qué te importa?

—He visto lo sucedido.

—Entonces te habrás dado cuenta de que él nos provocaba y ha intentado sacar el revólver.

—A mí me ha parecido todo lo contrario.

Los dos hombres le miraron curiosamente, con las manos sobre las hebillas, a muy poca distancia de los revólveres que acababan de guardar.

Sin duda sabían quién era Johnny, pero estaban preparados y no le tenían miedo.

—Lárgate —dijo uno de ellos.

—Primero quiero saber quién era el hombre al que acabáis de asesinar.

—Se llamaba Glenn. Tenía un rancho por aquí cerca. Y conste que no lo hemos asesinado.

—Quiero conocer la opinión del *sheriff*.

—¿Vas a llamarlo tú?

—¿Por qué no?

Los dos pistoleros se distanciaron levemente, poco a poco, para ofrecer a las balas un blanco menos fácil.

—Más vale que no te muevas, amigo —dijo uno de ellos.

—Me gustaría saber quién va a impedírmelo. Me gustaría saber quién va a hacer primero el Gran Viaje.

—Ese niño.

La brutal frase pareció ser escupida por los labios de uno de los forajidos. Johnny se dio cuenta entonces de algo que había llegado a olvidar. El pequeño Mich estaba junto a él. No podría apartarle ya de la línea de las balas. Y cualquiera de aquellos tipos era lo bastante canalla para disparar primero contra él.

Era un riesgo que Johnny no podía correr.

Sintió que un sudor helado brotaba repentinamente en sus sienes y en su espalda.

—Será mejor que te largues ahora que estás a tiempo —dijo uno de los dos asesinos—. Puede que dentro de unos segundos sea demasiado tarde para ti… y para ese niño.

Johnny crispó los dedos de la mano que ya tenía muy cerca del revólver. Sus ojos tenían ahora un brillo mate.

—De acuerdo —dijo—. Voy a largarme.

Separó las manos de la cintura para que todos se diesen cuenta de que no intentaba ninguna acción agresiva. Poco a poco empezó a volver la espalda, cubriendo al pequeño Mich.

Uno de los dos asesinos, sonriendo torcidamente, levantó su revólver con un rápido gesto.

CAPITULO VII

Iba a disparar. No le importaba liquidar primero a aquel niño y luego hacer fuego sobre Johnny. Durante algunos segundos, al ver caer al pequeño, Johnny estaría desprevenido.

Los ojos del joven giraron hacia el revólver.

En una dramática fracción de segundo, en menos de lo que tarda en sentirse el soplo helado de la muerte, Johnny se dio cuenta de lo que iba a ocurrir.

Intentó cubrir a Mich, pero se dio cuenta de que no llegaría a tiempo.

Tampoco tendría tiempo de «sacar». Eran dos contra él, y tenían ya los revólveres en las manos.

Lanzó un rugido, mientras los dos pistoleros a la vez soltaban una doble carcajada.

Y en aquel momento una voz de mujer gritó:

—¡Quietos!

Era una voz áspera, ronca. Pareció como si a todos los que estaban en la calle les hubiera recorrido una misma sacudida eléctrica.

Los revólveres no llegaron a tronar.

Johnny volvió la cabeza hacia el lado por donde acababa de sonar aquella voz, y contempló a una asombrosa mujer. Iba vestida de amazona, con ropas que ceñían sus rotundas curvas, y montaba un magnífico corcel blanco. No llevaba armas, pero su voz acababa de sonar como un latigazo. Había en ella algo que imponía e infundía respeto a la vez.

Johnny contempló a Priscille, la madrastra de Jennifer.

Aprovechó para colocar a Mich detrás de su cuerpo, para que no pudieran alcanzarle las balas. Pero el peligro parecía haber pasado ya.

Los dos forajidos parecían estar pendientes de la mujer, que caracoleaba con su impaciente caballo.

—¡Fuera de aquí!

Johnny creyó que iba a haber pelea gorda. Supuso que los dos canallas se insolentarían con la mujer. La derecha fue suavemente al encuentro del revólver.

Pero no ocurrió nada.

En contra de lo que suponía, los dos granujas se arrugaron ante la presencia de la hermosa mujer.

No imaginó que aquellos dos granujas pertenecían a una banda que estaba trabajando para Priscille.

Creyó que ella los había dominado con su presencia y por el hecho de ser la nueva esposa de Percy, uno de los hombres más importantes y poderosos de Dallas.

Ante la sorpresa de Johnny, volvieron la espalda.

Se alejaron velozmente, no dejando a Johnny ni tiempo para reaccionar. El joven tuvo durante algunos segundos el impulso de matarlos, pero jamás había disparado contra una persona que no le estuviese mirando. Eso fue lo que detuvo su gesto.

Priscille se apeó del caballo.

Un verdadero tumulto se había organizado de pronto en la calle, y curiosamente ambos parecían quedar ajenos a él. Nadie les miraba.

Priscille alargó la mano derecha, pero no fue para estrechar la que le tendía Johnny.

Simplemente acarició los cabellos del niño.

Sus dedos temblaron al hacerlo.

—¿Cómo se llama? —musitó.

—Se llama Mich.

—Aparenta..., aparenta siete años...

—Esos son los que tiene, señora.

—Veo que va vendado. ¿Es que alguien lo ha herido?

—Estuvieron a punto de matarlo, señora. Unos granujas incendiaron el pequeño rancho donde vivía con sus padres, a cien millas de aquí. Yo pude salvarle por verdadera casualidad.

—Canallas...

—No hay que pensar en ello. Mich ya no corre peligro. Me lo acaba de confirmar el médico.

—Pero esos hijos de perra iban a matarle...

—Me temo que sí. Y me temo que sin su intervención yo no hubiera sido capaz de salvarle, señora.

—No me llames señora. Llámame Priscille.

—De acuerdo... En nombre del pequeño te doy las gracias, Priscille. Le has salvado la vida.

—¿Por qué no lo traes a mi rancho? Yo…, yo quisiera invitarle a pasar unos días con nosotros.

—Veo que te gustan mucho los niños, Priscille.

—Es que jamás los tuve.

Johnny fue a decirle que, casada con Percy, era fácil que no los tuviera tampoco, pero contuvo aquellas palabras porque al fin y al cabo hubieran sido una insolencia.

En lugar de ello intentó sonreír.

—Siento no poder complacerte, Priscille. Mich y yo nos iremos en seguida de la ciudad.

—¿Hacia dónde?

—No sé. Por ahí…

—¿Pero por qué? ¿No eres un comisario? ¿Qué necesidad tienes de marcharte de Dallas?

—Precisamente porque soy comisario tengo deberes. Me espera mucho trabajo fuera de aquí.

—Descansad en mi rancho un día, sólo un día.

La mujer parecía ansiosa. Diríase que suplicaba.

Johnny pensaba en Slim. Se decía que, si aquel hombre y él se encontraban de nuevo, el duelo sería a muerte

—Lo siento —murmuró—. No puedo, Priscille.

—De…, de acuerdo, pero prométeme una cosa.

—Lo que tú me pidas, Priscille. Mich y yo estamos muy obligados contigo.

—Prométeme que me escribirás desde el sitio donde os establezcáis. Que me escribirás en seguida.

—Claro… Lo haré. E incluso el propio Mich te escribirá unas líneas. El sabe garrapatear ya algunas letras.

Priscille sonrió.

Su sonrisa fue lejana, enigmática.

Volvió a acariciar otra vez los cabellos del niño, con mano temblorosa. Su cuerpo giró de repente.

—Esos canallas… —fue las últimas palabras que le oyó musitar Johnny, mientras ella se alejaba.

* * *

Johnny y el pequeño no marcharon hasta la mañana siguiente. El joven quiso obrar con la máxima prudencia, para que Mich no se resintiese de su herida.

El médico les acompañó hasta la salida de la ciudad, después de encontrarlos en el centro de la calle principal.

—Voy a hacer una visita fuera —dijo—. ¿Sigue bien el pequeño?

—Mejor que nunca. Parece que ya no hay peligro de ninguna clase, aunque emprenda un viaje largo.

—Claro que no lo hay. Ese niño será un titán dentro de pocos años. Pegará palizas a cualquiera.

—Me conformo con que ahora no le ocurra nada.

—¿Por qué no les acompaño un poco? —sugirió el médico—. Seguimos el mismo camino.

—Con mucho gusto, doctor.

Avanzaron al trote corto. La mañana estaba neblinosa y el tiempo presagiaba lluvia.

A aquellas horas de la mañana, Dallas parecía una ciudad inmensamente silenciosa.

Sólo el rumor de los cascos de los caballos turbaba aquella calma insólita de la ciudad turbulenta.

Johnny se atrevió a preguntar, al cabo de unos instantes:

—¿Qué opina usted de Priscille, doctor?

—¿La segunda esposa de Percy?

—Sí, ella misma.

El médico se encogió de hombros.

—¿Y qué puedo opinar? Nadie la conoce aquí. De pronto apareció en Dallas, de una manera casi repentina. Ninguno de los habitantes de aquí la había visto nunca. Llegó y en veinticuatro horas volvió loco a Percy. El es un hombre ya demasiado mayor, con una hija a la que nunca ha sabido comprender. Se encandiló con la preciosidad recién llegada a Dallas… Y ya ve los resultados. No han tardado nada en casarse. Ha sido una auténtica boda relámpago.

Durante algunos instantes volvieron a trotar en silencio.

Luego el médico reconoció:

—Es una mujer extraña…

—Sí. Yo… no sé qué pensar de ella.

—¿Por qué le preocupa?

—No me preocupa. Es que ella intervino ayer para salvar la vida a Mich, cuando dos granujas iban a disparar sobre él.

—Sí, ya me enteré, como todo el mundo. Se trataba de dos hijos de perra que…

Fue en ese momento cuando los vieron.

Los dos tipos estaban allí, en la llanura. Pero ya no iban a molestar jamás a nadie.

Los habían matado.

Los dos caballos relincharon, alzándose de remos, como si sintieran un horror casi humano ante lo que presenciaban sus ojos.

Ambos hombres estaban atados por las muñecas al mismo tronco de un árbol solitario.

Tendidos de bruces en tierra.

Casi desnudos.

Unas manos gigantescas, como las arpas de un oso, parecían haberles arrancado sus ropas, llevándose con ellas pedazos de su piel y de su carne.

Johnny no había visto jamás un espectáculo como aquél. Ni siquiera cuando, en las llanuras, algún hombre era medio devorado por las alimañas salvajes.

Lo primero que pensó Johnny fue que habían sido atacados por una desconocida bandada de fieras, pero luego pensó también que las fieras no atan a nadie a un árbol.

La muerte de los canallas debió haber sido espantosa.

Sus facciones reflejaban, aun después de la muerte, una agonía sin nombre.

Johnny suplicó al niño que no mirara. El saltó del caballo, junto con el médico, dirigiéndose a los dos muertos.

—Es espantoso… —musitó.

—Se trata de los dos tipos que intentaron matar a Mich, ¿no es así, Johnny?

—Sí.

—No lo han pasado bien. Yo diría que nunca he visto dos cadáveres más destrozados que éstos. Ni que les hubiera atacado una manada entera de osos.

—No, no han sido fieras —musitó Johnny—. Han tenido que ser varios hombres.

El médico se acercó más.

Sus ojos preocupados escrutaron con mirada profesional los cuerpos que tenía ante él.

—No, no ha sido una cuadrilla de hombres —susurró.

—¿Cómo?

—Ha sido un solo hombre —dijo lentamente—. Uno solo. Y lo ha hecho con sus propias manos.

CAPITULO VIII

Priscille galopaba velozmente en dirección norte. Su caballo, color pinto, era uno de los más hermosos y veloces del rancho. Las ceñidas ropas de amazona que vestía daban a la mujer una turbadora e inquietante belleza.

Quizá pensaba eso mismo el nombre que la miraba desde la vaguada. Un hombre alto y hercúleo, de mandíbulas cuadradas y puños de acero, que montaba un nervioso caballo negro.

Priscille le vio también, y descendió desde la loma hacia el lugar donde se encontraba el hombre.

—Hola, Slim.

Slim saludó llevándose la mano derecha a un borde del ala de su inmaculado sombrero blanco.

—No esperaba verte por aquí, Priscille.

—Yo, en cambio, te andaba buscando.

—¿Para qué?

—Quería darte las gracias.

Slim sonrió. Pese a su juventud, tenía las facciones duras y recias del hombre que ha pasado su vida en la pradera, luchando y matando como una fiera salva je más.

—¿Las gracias? Pero si no he hecho nada que tuviera importancia...

—Mataste a aquellos dos granujas.

—Bueno, ¿y qué? Tú me dijiste que te habían insultado y habían intentado violarte. Como Percy, tu marido, es demasiado mayor para intentar algo, yo lo hice en su lugar; claro que pude haber presentado una denuncia, pero siempre he sido partidario de la acción directa. El tipo a quien tú mismo puedas matar, no se lo encomiendes al *sheriff*. Pero no tienes por qué darme las gracias. Al fin y al cabo vas a ser mi madre política.

La miró con más detención, captó la línea sólida y maciza de las curvas de la mujer y susurró:

—Una madre política un tanto extraña.

—¿Por qué, Slim?

—Sólo tienes siete u ocho años más que tu hijastra, la que va a ser mi esposa. No me extraña que vuelvas locos a los hombres.

—¿De veras, Slim?

Había una inconsciente coquetería en cada gesto de Priscille, en

cada una de sus posturas. Slim afirmó lentamente, con un suave cabeceo.

—Sí; eres demasiado bonita.

—Jennifer también lo es.

—Cierto. Y por eso voy a casarme con ella.

—Oye, Slim.

—¿Qué?

—Vi luego los cadáveres de aquellos dos hombres.

—¿Ah, sí? —para Slim aquello no parecía tener la menor importancia. Diríase que liquidar a dos hombres armados era para él una cosa rutinaria, aburrida, insignificante.

—¿Cómo lo hiciste, Slim? No..., no puedo comprenderlo.

—¿Por qué dices eso?

—Estaban destrozados...

El sonrió secamente. Sus facciones cuadradas y rígidas eran como un reflejo de la propia muerte.

—Mira.

De una de las bolsas de cuero que colgaban de la silla de su caballo extrajo una mano metálica, o más bien un guante que parecía hecho con articulaciones de acero. Priscille no había visto nunca nada igual. Era un guante muy extraño. La palma estaba llena de puntas aceradas, de modo que un solo golpe con él, si se propinaba con fuerza, debía destrozar la cara de un hombre.

—¿Pero qué es esto? —susurró Priscille, a pesar de tenerlo ante los ojos.

—Ya lo estás viendo. Un guante metálico que uno puede ponerse en la mano tranquilamente. No creo que haya otro igual en todo el Oeste. Un herrero muy hábil lo fabricó expresamente para mí hace un año, en Abilene. La verdad es que no lo había usado aún... Pero cuando me enfrenté a aquellos dos hombres lo hice muy a gusto.

Priscille se estremeció de horror.

Precisamente por haber visto a los dos muertos imaginaba la terrible escena.

Pero en su espanto al imaginarla, latía sin embargo, una especie de placer secreto.

Se acercó mucho a Slim. Quizá ni ella misma se dio cuenta de que lo hacía.

—Oye...

—¿Qué ocurre?
—No tomes a mal lo que voy a decirte.
—¿Yo? ¿Por qué?
—Quisiera suplicarte otra cosa, Slim.
—Lo que tú digas.
—Es por la paz de nuestro hogar. Tú vas en seguida a formar parte de la familia.
—¿A qué tantos rodeos?
—Los hombres que trataron de ultrajarme, y a los que tú mataste, tenían un jefe.
Slim apretó los labios.
—Creí que eso había quedado resuelto. Yo no soy una máquina de matar.
—Era su jefe, Slim. El peor de ellos. Sé que mientras esté vivo no tendré paz. Juró que un día caería sobre mí de nuevo. Juró que me acordaría de sus besos y de sus…, sus…
Las palabras se cortaron en la garganta de Priscille. Parecía a punto de llorar.
Sus manos convulsas acariciaban la camisa de Slim.
—Si no le matas ahora escapará. Escapará para volver cuando quizá tú no puedas defenderme.
—¿Es que se aleja de Dallas?
—Sí. Con un niño.
Slim parpadeó.
—¿Con un niño? Eso es extraño.
—Se trata de un cobarde. Lo lleva para emplearlo como rehén y como escudo en caso necesario. Lo raptó hace poco tiempo, y trata de llegar a Nuevo México con él.
—¿Estás segura?
—No te hablaría así si no lo estuviera, Slim.
El se quitó bruscamente el guante de hierro y lo guardó en la funda de su silla.
—Si es como tú dices, Priscille, un tipo tan repugnante no merece vivir. Daré con él y lo liquidaré antes de que huya.
—¡Tienes que darte prisa!
—Tiemblas, Priscille. Jamás te había visto tan nerviosa como hoy.
—Es que…

—No temas, atraparé a ese tipo.

—Pero tienes que prometerme una cosa más. El niño no ha de sufrir daño alguno. ¡El niño ha de vivir!

—Pues claro. ¿Y por qué no?

—Yo..., yo no quisiera que una bala perdida pudiese alcanzarle. El niño no tiene ninguna culpa. El ha de quedarse con nosotros.

—De acuerdo, Priscille. Me parece muy normal y muy humanitario lo que tú dices. Y así se hará.

Montó de un salto en su corcel, mientras ella le imitaba. Picaron espuelas y remontaron las suaves lomas en dirección a rancho Percy, pero buscando en realidad cortar la ruta de diligencias.

Priscille sabía que Johnny y el pequeño Mich pasarían por allí poco más tarde.

Slim galopaba con el cuerpo rígido, los labios apretados, el rostro como una máscara.

Priscille se dio cuenta instintivamente de que Slim no pensaba en lo que ella le había dicho, sino en algo lejano, remoto, que estaba en el fondo de sus recuerdos. Algo que le torturaba todavía.

—¿Qué te ocurre, Slim?

—Nada.

—Yo diría que piensas en algo que no te gusta. Y que no tiene relación con el hombre al que vas a matar.

—Es cierto —reconoció Slim.

—¿En quién pensabas ahora?

—En alguien a quien perseguí mientras yo trabajaba para la Agencia Pinkerton.

—¿Quién era? ¿Le conozco yo?

—No. ¿Cómo has de conocerle? Además su nombre no importa ahora. Bueno... No hay inconveniente en decir que se llama Johnny. Mató a dos de mis compañeros cuando le perseguían. Uno de esos compañeros... era mi hermano.

—Y tú no has podido perdonarle nunca, ¿verdad?

—Nunca.

Cabalgaban con los caballos casi juntos, mirando fijamente al horizonte, al terreno ondulado en forma de suaves lomas.

—¿Por qué perseguíais a Johnny? —musitó ella, sin embargo.

—Mató a un hombre. Sus herederos encargaron la búsqueda a la Agencia Pinkerton, donde mi hermano y yo trabajábamos entonces.

Al principio fue un trabajo más... ¡Los dos habíamos buscado ya a tantos y tantos fugitivos! Pero luego ese hombre, Johnny, empezó a matar... ¡Por poco termina con todos los hombres de la agencia! Para mí se transformó en una cuestión de honor el acabar con él. Cuando mató a mi hermano... aquello llegó a ser una obsesión que no me dejaba vivir.

—¿Os habéis encontrado alguna vez?

—Sí, una. Hace tres meses, en Topeka. Aún tengo el rasguño que me dejó el encuentro.

Abrió un poco más el cuello de su camisa, de modo que se viera la parte superior del hombro derecho. Había allí una profunda cicatriz dejada por la huella de una bala.

—Cielos...

—Johnny es peligroso. Estuvo a punto de matarme, pero de todos modos pude capturarle y entregarle al *sheriff*. Ahora sé que lo veré muerto.

—No te entiendo. ¿No vas a matarlo tú y sin embargo, dices que le verás muerto...?

—Lo liquidará el verdugo de Dallas.

Ante el gesto de sorpresa de Priscille añadió:

—Al fin van a ahorcar a Johnny en Dallas. Un comisario llamado Flanagan lo trae a la ciudad. Me lo comunicaron por telegrama hace unos días, y sé que no pueden tardar ya. Aquí Johnny será ejecutado precisamente para que yo lo vea. La Agencia de Detectives Pinkerton ha pagado todos los gastos de la conducción de ese criminal hasta la ciudad de Dallas. Y ardo en impaciencia. Sueño con que eso tenga lugar.

—Lo..., lo comprendo.

En realidad Priscille quería que Slim pensara en el hombre a quien ella le había pedido que matase, no en Johnny.

Ignoraba en aquel momento que ambos se trataban de la misma persona.

Llegaron a la ruta de diligencias, que era como una senda ancha y desigual entre el polvo de la llanura, y miraron hacia la parte que venía de la ciudad.

Una nubecilla de polvo se acercaba. Era el rastro dejado por un solo jinete.

Priscille sintió que una mano le oprimía el corazón. Tenía la boca

espantosamente seca.

—Ahí vienen… —susurró.

Slim entrecerró los ojos para ver mejor. Distinguió al cabo de unos instantes al caballo, y luego pudo ver que un niño iba sentado en la parte delantera de la silla.

Poco a poco, las facciones del hombre que lo acompañaba se hicieron más y más precisas.

Slim notó que sus dientes entrechocaban. Notó que todo su cuerpo parecía recorrido por una descarga eléctrica.

Y de pronto lanzó al aire un rugido salvaje.

CAPITULO IX

¡Era Johnny!

¡Era el hombre a quien sólo pudo capturar después de recorrer medio Oeste! ¡El pistolero a quien el comisario Flanagan tenía que traer para que le ahorcasen en Dallas!

Slim sentía que todos sus músculos temblaban.

Un terrible, un salvaje deseo de matar se había apoderado de él.

No entendía cómo Johnny podía encontrarse ahora allí, pero lo evidente era que seguía libre y estaba vivo.

Por poco tiempo.

Repitiendo su alarido salvaje, Slim se dirigió hacia él, clavando espuelas brutalmente en los ijares de su caballo.

Johnny le vio venir.

A pesar de haberse dicho varias veces que aquello era inevitable, estaba sorprendido. No esperaba que Slim apareciese precisamente ahora, cuando ya estaban lejos de Dallas, y además acompañado de aquella mujer.

Depositó al niño suavemente en el suelo, tras hacer que se detuviera su caballo.

—Pégate al suelo, Mich, muchacho —susurró—. Y sobre todo no te muevas ni levantes la cabeza ocurra lo que ocurra.

Mich obedeció, aunque con el rabillo del ojo derecho presenció lo que ocurría a continuación.

Slim había sacado su revólver.

Johnny comprendió que ya no tenía tiempo para disparar con garantías de éxito, y lo único que hizo fue llevar la mano derecha a la funda, tirando a través de ella.

Su puntería prodigiosa, su diabólica forma de disparar, que incluso había servido de atracción para los espectadores de un circo, hizo lo demás.

Slim sintió de pronto como si una llama se hubiera posado en su mano derecha.

El revólver saltó de ella.

Tardó varios segundos en comprender, con asombro, que la bala había rozado su mano, llevándose el revólver y dejando en su piel una ancha raya roja, aunque sin herirle gravemente.

Eso no hizo sino aumentar su odio.

Una especie de locura sangrienta se había apoderado de él. Una

nube roja cubría su visión.

Espoleó de nuevo a su caballo y se lanzó hacia adelante, hacia su sorprendido enemigo, que no había previsto aquella reacción.

En menos de cinco segundos se encontraron los dos frente a frente.

Slim se movió antes, pues Johnny, en cierto modo, seguía sorprendido aún por lo que estaba ocurriendo.

De pronto sintió que su enemigo había caído sobre él, y los dos rodaban por el suelo.

Slim propinó dos terribles derechazos al rostro del joven, tiñéndole los labios de sangre. Johnny logró girar y consiguió que su enemigo quedara bajo él. Pero eso le sirvió de bien poco.

Cuando se disponía a responder a los golpes, Slim movió la derecha con la fuerza de una catapulta.

Johnny sintió que el golpe repercutía en su cráneo entero. Saltó impulsado hacia atrás, con los brazos en cruz.

Quedó de espaldas en tierra, a casi cuatro metros de distancia de su enemigo, que se ponía velozmente en pie.

Johnny comprendió que si se estaba quieto resultaría aplastado por los pies de Slim. Con la misma rapidez se puso él también en pie, aunque sus músculos le obedecían con mucha mayor lentitud que antes.

Los golpes habían sido certeros, implacables, y ahora una campana sonaba en su cráneo.

Slim comprendió que éste era su momento, y se lanzó a fondo.

Movió los dos puños a la vez, pero aquellos puños no encontraron nada. Sólo hallaron aire.

Por el contrario sintió como si una piedra se hiciera pedazos sobre su rostro.

Fue impulsado hacia atrás, quedó sentado en el suelo y al tratar de respirar por la boca sintió que ésta se le llenaba de un líquido espeso y ligeramente salado.

Sangre. Un solo golpe de Johnny había bastado para dejarle la cara marcada.

Lanzó una maldición, y atacó de nuevo, con más rabia que antes. Ahora estaba seguro de que no iba a fallar.

Johnny le esperó, detuvo con facilidad los dos golpes que iban dirigidos al centro de su cuerpo y golpeó inmediatamente con un

codo el rostro de su enemigo. Este se descubrió un momento, cegado por el dolor. Johnny aprovechó el leve instante para mover los dos brazos alternativamente, y dos impactos hicieron saltar materialmente el rostro de Slim, que pareció ir a separarse del resto del cuerpo.

El antiguo agente de la Pinkerton vaciló unos instantes, mientras retrocedía, y sus rodillas le fallaron. Había recibido los segundos golpes sin tener tiempo para recobrarse de los primeros. Bruscamente se encontró de nuevo sentado en tierra, sin comprender aún muy bien lo que le estaba sucediendo.

Johnny, quieto ante él, con los puños apretados, moduló las palabras lenta y ominosamente:

—No tengo nada contra ti, Slim. Tú me capturaste y me enviaste a ahorcar a Dallas. Muy bien. También habías conseguido que fuese antes condenado a muerte. ¿Por qué? Cuando eras un agente de la Pinkerton, la única agencia de detectives que existe en el Oeste para perseguir a los cuatreros y los asesinos, comprendía que lo hicieras. ¿Pero ahora por qué me odias? Ya no perteneces a la Pinkerton. ¿Quién te paga por hacer esto?

—Nadie. Lo hago porque me gusta.

—Tú estás loco, Slim.

—Estaría loco si no tratase de vengar a mi hermano.

Johnny se mordió el labio inferior. Los dos hombres estaban quietos, frente a frente, mirándose como dos fieras prestas a saltar. Slim ya se había puesto en pie.

—Todo empezó con una horrenda injusticia, y de las injusticias nada bueno puede salir —musitó Johnny—. El tipo a quien maté era un canalla, un miserable violador de mujeres, un cerdo que no merecía vivir. ¡Infiernos! Le maté porque debía acabar con él. Aquel cerdo tenía que morir cien veces. Pero sus herederos consideraron que, ya que había quedado en su poder una bonita fortuna, tenían que vengarle. Encargaron a la Agencia de Detectives Pinkerton que diese conmigo. Muy bien. Siento decírtelo, Slim, pero tu hermano no luchó noblemente. Intentó matarme por la espalda y yo no hice más que defender mi vida. No me obligues ahora a acumular muerte sobre muerte, Slim.

Slim tenía las facciones desencajadas.

La sangre que corría por ellas les daba el aspecto de una siniestra

máscara roja.

—Yo no quiero explicaciones, Johnny. Quiero tu cabeza.

—Ven a buscarla.

—¿Qué hiciste con el comisario Flanagan, el que te conducía hasta Dallas? ¿Le mataste también, asesino?

—No, no lo hice. Unos forajidos acabaron con él. Yo sólo aproveché la oportunidad para huir.

—Esta vez no lo conseguirás.

Lentamente Slim se acercó a su caballo. Sabía que su enemigo podía matarle, porque aún conservaba su revólver, pero no parecía preocuparle esa eventualidad.

De una de las bolsas extrajo un extraño objeto metálico.

Johnny se dio cuenta de que no era un revólver, y por eso no hizo uso del que tenía en la funda. Sólo en el último momento se dio cuenta de que aquello que tenía Slim en la mano derecha podía ser un arma terrible. Se trataba de un guante metálico.

Bruscamente comprendió. Bruscamente supo quién había matado a aquellos dos hombres a los que él había visto aquella misma mañana.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Fue a tocar el revólver, pero en el último momento no se decidió. Aún esperaba que Slim se comportase como un hombre razonable.

Cuando vio la zarpa volar hacia él, no consiguió apartarse.

El terrible impacto pareció astillarle todos los huesos de la cara. Sintió que una llamarada inmensa le quemaba toda una mejilla. Voló por los aires y cayó de costado, mientras una terrible sensación de dolor le recorría de un lado a otro del cuerpo.

Slim lanzó una carcajada.

Bruscamente se abalanzó sobre él. Sabía que un nuevo golpe dejaría sin sentido a Johnny y ahora lo tenía en el suelo, sin apenas probabilidades de defenderse.

La zarpa cayó con fuerza terrible sobre el rostro de Johnny, pero no llegó a su objetivo.

El joven había conseguido ladearse en el último momento. Las púas que había en los dedos metálicos se empotraron en la tierra.

Slim escupió una maldición.

Antes de que lograra desclavar las púas, ya su enemigo había reaccionado. Johnny comprendió que no iba a tener otra

oportunidad y supo aprovecharla. Tendido en el suelo como estaba, levantó la rodilla izquierda y la clavó en el bajo vientre de Slim, haciendo que éste se estremeciera como si le hubiese recorrido un espantoso calambre.

Apenas pudo incorporarse para recobrar del todo la posición vertical. El dolor le recorría en oleadas. Su respiración se hizo casi imperceptible mientas un puño parecido a una maza volaba a su encuentro.

Ni siquiera llegó a verlo.

Bruscamente saltó hacia atrás, impulsado por un viento salvaje. Chocó de espaldas contra su propio caballo y manoteó en el aire inútilmente, mientras su cerebro se nublaba. Las púas metálicas estuvieron a punto de rasgar el cuello del hermoso corcel.

Johnny no le dejó respirar.

Sabía que no tenía más remedio que golpear con saña o emplear su revólver. Esta primera solución le parecía la menos desagradable.

Un nuevo golpe, éste con la izquierda, hizo volar toda una ceja de Slim. Inmediatamente la sangre le nubló la vista. Vaciló como un borracho a punto de caer, mientras intentaba cubrirse.

Ahora otro golpe al pómulo le hizo variar la guardia.

Ya no veía a su enemigo, ya sólo intentaba lanzar al aire zarpazos de ciego, esperando cazarle con su mortífera garra metálica.

Fue eso lo que acabó de perderle, porque descuidó su guardia por aquel lado, olvidando cubrirse. Y otro golpe le hizo saltar ahora la ceja sana. Definitivamente la sangre, que manaba casi a chorro, dejó a Slim convertido en un ciego.

Johnny supo que con un par de golpes más le dejaría sin sentido. Movió los puños con destreza y con crueldad, buscando los efectos decisivos.

Un doble estremecimiento sacudió a Slim al recibir los terribles impactos. Todo su cerebro pareció saltar en pedazos dentro de su caja ósea. La nube roja que antes tenía ante los ojos pareció entrar definitivamente en ellos.

Cayó hacia atrás, sin lanzar un gemido. Ni para eso tenía fuerzas ya. Una mujer le recogió entonces en sus brazos, impidiendo que cayera a tierra del todo.

Una mujer que miró con ojos desencajados de fiebre a Johnny

mientras gritaba:

—¡Miserable!

CAPITULO X

Johnny miró con sorpresa a aquella muchacha, a pesar de que la conocía. Era Jennifer, la hijastra de Priscille. El asombro de Johnny vino porque no esperaba encontrarla allí.

Al parecer había visto la última parte de la pelea.

—¡Miserable! —repitió ella—. ¡No eres más que un perro!

Johnny se encogió de hombros muy levemente, con pesadumbre.

—No voy a desmentir tus palabras, Jennifer —susurró—. Yo mismo te dije que mi amistad no convenía a nadie. Pero en este caso no tengo yo la culpa de lo ocurrido.

Ella no contestó.

Miraba a Johnny con una extraña expresión, como si le odiase y le admirara a un tiempo.

—¡No quiero volver a verte! —gimió—. ¡No quiero volver a verte jamás!

—No te preocupes; ya me iba.

Fue a subir a su caballo. De pronto Priscille le detuvo inesperadamente.

—No puedes irte así —dijo con voz pastosa.

—¿Por qué no?

—Slim te ha cazado con su guante en la cara, aunque haya sido una sola vez. Tienes una mejilla deshecha.

—Me la lavaré con agua en cualquier arroyo y dejaré pasar el tiempo. Esa es la única medicina que necesito.

—Pero..., pero en mi rancho podrían atenderte...

Priscille parecía tener un enorme interés en que se quedase. Johnny no podía comprender por qué.

Pero él estaba decidido a marchar. Ni a él ni a Mich les convenían las proximidades de Dallas.

Fue a tomar de la mano al pequeño, que se había levantado ya y acudía hacia él.

En aquel momento apareció un jinete en lo alto de la loma. Era un jinete solitario en el que nadie reparó en los primeros instantes. Pero el jinete sí que los había visto.

Actuó con rapidez.

Sus manos extrajeron un rifle de la funda que colgaba de su silla,

y lo encaró rápidamente.

No tardó ni diez segundos en disparar, desde su aparición en lo alto de la loma.

Johnny comenzó a percibir el sonido de la bala como una cosa instantánea que apenas llegó a herir sus oídos. De pronto todo pareció estallar en su cabeza. Le pareció que la llanura entera daba dos vertiginosas vueltas en torno suyo. No pudo darse cuenta de que era él quien daba vueltas velozmente al caer de su montura, con toda la cabellera tinta en sangre.

Perdió el sentido.

* * *

Cuando lo recobró, estaba tendido en un camastro sin ropa, dotado sólo de una colchoneta. La cabeza le dolía horriblemente, pero eso era una buena señal. Al menos estaba vivo. Se palpó la frente y vio que la tenía vendada, así como todo el cráneo. Le dolía uno de los parietales, que era seguramente donde debía haberle rozado la bala.

Una mujer estaba ante él, sentada en una banqueta, mirándole fijamente con una extraña expresión.

Aquella mujer era Priscille.

—Celebro que te hayas recuperado —dijo—. Creí que te habían dado para siempre.

—¿Quién ha sido?

—No lo sabemos. Un desconocido.

—Por lo visto, esto está lleno ahora de desconocidos que te arrancan la piel en cuanto te descuidas un poco.

—Calla; no hables ahora.

Pero Johnny no hizo caso. Tenía demasiadas preguntas inquietantes que hacer. No podía callarse en este momento.

—¿Dónde me han dado? —siguió.

—La bala te rozó la cabeza. Un poco más y se te hubiera llevado por delante. No comprendo cómo sigues vivo aún.

—¿Dónde estoy ahora?

—En mi rancho, en una de las habitaciones del servicio. El médico te ha visto y dice que puedes recuperarte.

—Entonces puede decirse que os debo la vida…

—No pienses en eso.

Johnny respiró con fuerza. El dolor iba cediendo, pero en cambio

sentía una gran fatiga. Debía haber perdido mucha sangre, y tardaría en recuperarse.

—¿Dónde está Mich?

—No te preocupes; él no ha sufrido ningún daño. Lo tenemos bien atendido en el rancho.

Priscille se puso en pie. Parecía haber terminado todo lo que tenía que decir. Fue a salir de la sencilla habitación, pero Johnny la detuvo con un gesto.

—Priscille...

—¿Qué?

—Siento lo de tu hijastra.

—¿Qué has de sentir? A ella no le has hecho nada.

—Pero sí a Slim, su prometido.

—¡Bah, no pienses en ello!

La respuesta de Priscille fue tan despectiva que Johnny, extrañado, preguntó con un soplo de voz:

—¿Qué ocurre con los dos?

—Nada...

—A mí me ha dado la sensación de que Jennifer está muy enamorada de Slim —musitó Johnny.

—Te equivocas.

—No lo comprendo...

—Ella no está enamorada. Lo que tiene es miedo.

—¿Miedo...? ¿De qué...?

—Oh, es difícil de explicar... Y al mismo tiempo muy sencillo. Cuando un hombre como Slim pretende a una mujer, ella no tiene más remedio que acceder o matarse. Slim es como una fuerza desencadenada, como un huracán. Hay en él algo que encoge el alma. Y Jennifer, que es una chiquilla, le ha dicho que sí porque no podía decir otra cosa. Pero el amor es distinto... El amor es comprensión, no miedo. Jennifer tiene la sensación de que, si abandona a Slim, éste será capaz de matarla.

Johnny cerró un momento los ojos.

Sí. La mujer podía tener perfecta razón. Slim era como un huracán, como una fuerza terrible y ciega. Si él quería conseguir algo, lo conseguía aunque tuviera que matar. El sabía algo de eso. Jennifer debía haber aceptado a Slim porque le parecía que eso era inevitable. Porque Slim era de esos hombres que vencen siempre.

La voz de Priscille pareció llegar desde muy lejos al preguntarle:
—Debes odiarle mucho, ¿verdad?
—¿A Slim? No.
—Pues lo de hoy ha sido terrible…
—Lo provocó él. Yo no odio a Slim, a pesar de que fue quien me capturó y me envió camino de la horca. Slim es en cierto modo un buscador de tumbas, un tipo de ésos que disfrutarían viviendo en mitad de un cementerio lleno con los cadáveres de sus enemigos. Pero a su manera es un hombre justo. No —continuó lentamente—. No le guardo rencor…
Miró de nuevo a Priscille, que ya estaba en la puerta.
—Lo que dije antes de que nos peleáramos es verdad —añadió—. Slim sufre un error. ¿Pero qué importa eso ahora? Debo darte las gracias, Priscille. Me habéis salvado, y eso es lo único que debo pensar.
Ella hizo un gesto desde la puerta.
—Descansa ahora y no pienses en nada… Duerme… Este es un buen sitio para ti… En mi rancho estás seguro…
Johnny entrecerró los ojos.
Sí, allí estaba seguro, allí no tenía nada que temer.
¿Pero por qué le miraba ella de una manera tan extraña? ¿Por qué hubiese podido jurar que las pupilas de la mujer estaban húmedas?
Johnny cerró los ojos del todo.
La cabeza volvía a dolerle horriblemente.
No podía pensar, no podía… Todo aquello debían ser imaginaciones suyas.
La puerta se cerró. Johnny quedó solo.
Otra vez la oscuridad volvió a envolverle, otra vez tuvo la sensación, como al ser rozado por la bala, de que el mundo entero se volvía negro.

* * *

Le despertó un ruido extraño. Debían haber transcurrido bastantes horas, porque se sentía mejor y más descansado.
Pudo abrir los ojos parcialmente.
Ya no entraba luz por la ventana de la habitación, que en cambio estaba iluminada por una antorcha. Antes aquella antorcha no

estaba, y además ahora se movía.

Fue eso lo que hizo sonar en él cerebro de Johnny algo así como una campanilla de alarma.

Aquella antorcha la sostenía un hombre.

Y otro más estaba en la habitación. Había allí dos tipos, mirándole, con revólveres en las manos.

Johnny abrió los ojos de golpe.

Se dio cuenta de que estaba allí para morir, de que iba a ser ejecutado como un perro sarnoso.

Los dos hombres alzaron sus revólveres.

CAPITULO XI

Johnny se fijó en ellos, con esa especie de clarividencia especial que da la proximidad de la muerte.

Ninguno de aquellos dos hombres era Slim. Uno de ellos era desconocido, pero al otro Johnny lo había visto antes. Le había visto varias veces, ahora lo recordaba bien.

¡Porque la luz de la antorcha lo hacía aparecer tal como le vio por primera vez! ¡Porque ahora el rostro de Gordon era tal y como exactamente Johnny le vio a la luz de la hoguera en que se había convertido el rancho de los Lukas!

Era también el mismo tipo que había estado a punto de matar a Jennifer. El que asesinó a su propio compañero después del fracaso inicial, para que no hablase y para aparecer también a ojos de Johnny como un hombre inocente.

Pero el joven recordó también algo más. Su cerebro funcionaba ahora con una precisión maravillosa.

Recordó que aquel hombre era también el que había estado a punto de matarle aquella misma mañana, desde lo alto de su caballo, disparando contra él con un rifle.

¿Por qué estaban en el rancho de Priscille? ¿Cómo habían podido entrar allí con tanta tranquilidad?

Bruscamente Johnny estaba aprendiendo demasiadas cosas. Pocos segundos le estaban bastando para sumergirse en un negro mundo de horror.

Gordon musitó:

—Muy bien... ¡Trata de escapar ahora!

—¿Quién os paga para que me matéis?

—Nadie. ¡Si lo hacemos con mucho gusto...!

—¿Quién está detrás?

—Preguntas demasiado, imbécil...

—Antes de que a un hombre le baleen, tiene derecho a hacer algunas preguntas.

—Tú no.

Los revólveres se alzaron un poco más.

Johnny se dio cuenta de que aquello era el fin.

Los dos forajidos estaban listos para disparar. No tardarían ni dos

segundos en hacerlo.

Lanzó un gemido, como si estuviese lleno de horror, como si fuera a pedir clemencia.

De pronto saltó del lecho.

Las balas picotearon en el colchón justamente cuando su cuerpo se lanzaba al aire.

Johnny cayó de costado, y la cama se volcó encima suyo. Por unos instantes los dos asesinos le perdieron de vista.

Dispararon otra vez, y las balas atravesaron el colchón, pero Johnny ya no estaba tras él.

Bruscamente la cama pareció saltar por su propio impulso sobre uno de los hombres, el que llevaba la antorcha.

El asesino cayó. No tuvo tiempo de lanzar la antorcha. La llama de ésta pareció quemarle los ojos.

Gordon lanzó una maldición.

—¡Tira, maldita sea!

Bruscamente la habitación había quedado casi en tinieblas. Gordon no veía más que sombras. Fue a disparar, y una especie de cuchilla metálica se abatió sobre la mano que empuñaba el revólver.

Gordon lanzó un gemido. No se dio cuenta hasta el último instante de que el golpe se lo había propinado Johnny con sus solos dedos. El «Colt» cayó pesadamente a tierra.

Mientras tanto el otro forajido intentaba apagar las llamas que ya habían prendido en sus ropas. Lanzaba sordos gruñidos, semejantes a los de una bestia acorralada. Gordon se dio cuenta de que no podía contar con él y de que en estos momentos debía luchar solo.

Vio que Johnny se inclinaba para recoger el revólver, y levantó la rodilla derecha.

Johnny recibió el impacto en plena cara. Cayó hacia atrás con una vivísima sensación de dolor. Gordon saltó sobre él, intentando clavarle las espuelas en el rostro.

No lo consiguió.

Johnny dio una vuelta sobre sí mismo, y las rodelas de su enemigo le rozaron solamente.

Mientras tanto las llamas habían ido creciendo en intensidad. Aunque el segundo forajido había conseguido librarse de ellas, ahora acababan de prender en el colchón. El fuego amenazaba con llegar hasta la puerta.

Gordon temió quedar acorralado y no poder huir.

Sin tiempo para recuperar su revólver, saltó hacia la puerta. Su amigo le siguió, todavía lanzando aullidos a causa de las quemaduras.

Durante algunos segundos, Johnny quedó como aturdido aún.

La cara le dolía horriblemente a causa del rodillazo. Al haber sido alcanzado en el pabellón nasal, sus ojos lagrimeaban. Consiguió dominarse y correr hacia la puerta, en persecución de sus enemigos.

Al hacerlo, tropezó con el revólver de Gordon.

Lo tomó entre sus dedos, y de repente se encontró en el exterior. El aire resultaba extrañamente frío. Durante algunos breves segundos tuvo la sensación de que iba a caer, porque aún no había logrado asimilar bien los golpes, y la cabeza le zumbaba.

Vio a Gordon y su compañero correr entre las sombras.

Gordon sólo se preocupaba de huir, pero el otro se volvió.

Vio a Johnny e intentó poner su revólver en línea de tiro.

—¡Maldito...!

Fue su última palabra.

Johnny disparó una sola vez, sin apuntar, casi sin mirar a su enemigo. Había hecho cosas mucho más difíciles cuando actuaba en un circo. Vio que su adversario daba un salto en el aire, como si le hubiera empujado una brutal ráfaga de viento. De repente el pistolero hizo algo así como un movimiento de tornillo con todo su cuerpo, antes de caer definitivamente a tierra. Sólo al verle desplomarse, Johnny comprendió que estaba muerto.

Fue a tirar de nuevo, ahora contra Gordon, pero éste ya se había escabullido entre las sombras.

Johnny lañó una maldición.

Aquel perro siempre se escabullía. Y jamás Johnny había tenido tanto deseo de matar a alguien.

Miró hacia atrás, porque ya empezaba a notar demasiado cerca el calor bochornoso de las llamas. Se dio entonces cuenta de que el pabellón en que había estado hasta entonces iba a arder por completo. Estaba construido con troncos de madera muy seca, y las llamas prendían en él con un chisporroteo siniestro.

Pero era un pabellón aislado, y el incendio no podía propagarse a las otras dependencias del rancho.

Se oyeron gritos.

Los vaqueros, casi todos despertados bruscamente en lo mejor de su sueño, corrían hacia allí, a pesar de que el peligro no era grave. Casi todos llevaban cubos de madera, e inmediatamente se formó una línea que iba desde la bomba de agua a la misma base del incendio.

Pero Johnny ya se había escabullido de allí.

Sabía que corría peligro. El peligro estaba en todas partes; frente a él, a su espalda, en el aire mismo. Desde que puso sus pies en aquel rancho él no era más que un Condenado a muerte.

Avanzó hacia el edificio principal. Allí todo era calma. Los gritos y las imprecaciones de los vaqueros quedaban lejos.

Abrió la puerta y entró tranquilamente.

Un farol de petróleo a media intensidad, colgado del techo del vestíbulo, alumbraba los contornos de los muebles. Pero Johnny ya conocía aquello por haber estado una vez allí, y se dirigió en línea recta hacia las escaleras pintadas de blanco que llevan al piso superior.

Pasó por una mesa donde los visitantes dejaban sus pellizas y sus sombreros. Había allí un par de ellos, sin duda pertenecientes al dueño de la casa. Johnny pensó que, con la cabeza vendada, debía tener un aspecto muy poco respetable, y se encasquetó uno de los sombreros. Le sentaba perfectamente bien.

Cuando estaba a mitad de la escalera, sumido en la penumbra, hubo de pegarse a una de las paredes.

Alguien descendía.

Era Percy, quien debía haber oído los gritos de sus vaqueros y quería saber lo que estaba sucediendo.

Pasó junto a Johnny sin verle. El joven contuvo la respiración, y luego siguió ascendiendo.

No era difícil saber dónde estaba el dormitorio de Priscille. La puerta se hallaba entornada.

Johnny la empujó.

Priscille, que estaba medio sentada en el lecho, con sólo un liviano camisón sobre los hombros, se llevó una mano a la boca y contuvo un grito al verle.

Las palabras de Johnny fueron agudas y cortantes como la hoja de un cuchillo.

—Buenas noches, zorra.

Priscille le miró con los ojos desencajados.

—¿Qué dices…?

—Lo has entendido muy bien.

—Tú…, tú…, ¿cómo te atreves, miserable?

—¿Qué te une a ese condenado de Gordon?

—Estás loco…

—¿Qué plan habéis trazado entre los dos? ¿Por qué has ordenado a él y a sus perros de presa que cometieran todos esos crímenes?

—No sabes lo que dices…

Priscille se había ido incorporando. Su cuerpo, fuerte y sinuoso como el de una serpiente, estaba apenas cubierto por el fino camisón. Pero Johnny no sintió nada, ningún deseo, ninguna atracción por la belleza de aquella mujer maldita.

—Más vale que hables ahora —dijo secamente—. Si quieres conservar la vida más vale que hables ahora de una condenada vez.

—Te has vuelto loco, Johnny.

Estaba cerca de él. Le envolvía con su perfume, con su aliento cálido, con aquella mágica atracción que parecía desprenderse de cada movimiento de su cuerpo felino.

—¿Por qué has intentado matarme, Priscille? ¿Qué daño te he hecho yo?

—Yo no he intentado matarte.

—¿Por qué has dicho a Gordon dónde podía encontrarme?

—Yo no…

—Me estoy cansando de ti, Priscille. Dime de una maldita vez lo que pretendes. Di por qué me odias, si no me he cruzado en tu camino y no nos habíamos visto jamás.

—Yo no te odio…

Priscille aún intentaba negar. Priscille se acercaba cada vez más a él, hasta casi encontrarse sus cuerpos.

De pronto las manos de Johnny se movieron automáticamente, como si su voluntad no las controlase.

Abofeteó a la mujer por dos veces. Ni siquiera se dio cuenta de que lo hacía. Vio sangre en los hermosos labios de Priscille, mientras ella caía hacia atrás.

No dejó que cayera. La sostuvo entre sus manos poderosas. La zarandeó.

Y de pronto una cosa metálica se clavó en la espalda de Johnny.

CAPITULO XII

—Suéltela, maldito.

Johnny la soltó. Sus dedos, que apretaban como garfios la carne de Priscille, se abrieron lentamente. La hermosa mujer vaciló, como si fuese a caer, pero se mantuvo en pie mientras sus ojos llameantes miraban al joven con infinito odio.

Johnny se volvió a medias.

Una Jennifer a medio vestir, más tentadora que nunca, le estaba apuntando, con un pequeño revólver.

—No te muevas.

—No intento escapar, Jennifer.

—Camina hacia esa pared. ¡Con las manos en alto!

Y no hagas un solo movimiento sospechoso o te salto la tapa de los sesos!

—Eres muy decidida, Jennifer.

—¡Obedece!

Johnny lo hizo. ¿Para qué iba a negarse, cuando sabía perfectamente que ella era capaz de disparar? Se acercó a la pared que Jennifer le indicaba, y entonces la muchacha le despojó del revólver con el que acababa de matar a un hombre y que Johnny, a falta de cinturón canana, llevaba remetido entre el pantalón y la camisa.

—Ahora vete.

—¿Adonde?

—¡No quiero matarte, aunque lo mereces! ¡Vete! ¡Huye de Dallas y no vuelvas a acercarte a esta ciudad en toda tu perra vida!

—¿Crees que Slim va a consentirlo? Slim me quiere aquí; me quiere aquí para siempre, con un par de yardas de tierra encima, para que no me resfríe.

—¡Huye de aquí o disparo! ¡Te juro que lo haré! Y daré orden a los vaqueros para que disparen contra ti si vuelven a verte por el rancho o simplemente por la ciudad de Dallas!

Johnny se encogió de hombros.

Una leve sonrisa flotaba en sus labios.

—Haces mal, Jennifer.

—¡Sal inmediatamente! ¡Sal inmediatamente o disparo!

Johnny sabía que ella iba a hacerlo.

Sabía que Jennifer era mucho más peligrosa que un pistolero profesional, por el sencillo hecho de que tenía los nervios mucho menos templados. Podía disparar sin darse cuenta, con sólo una leve crispación involuntaria de sus músculos.

Pero jamás Johnny había obedecido las órdenes de una mujer, y mucho menos si esa mujer iba armada con un revólver.

Bruscamente se volvió, con una rapidez que nadie esperaba.

Jennifer tuvo la sensación de que una auténtica maza golpeaba su muñeca, mientras ella apretaba el gatillo. Fue la mano de Johnny lo que la golpeó, pero aquella mano tenía la dureza del granito. El revólver resultó desviado en el último instante, y la bala salió alta.

Jennifer gimió:

—¡Maldito…!

De pronto se encontró entre los brazos del hombre. De pronto sintió como si fuera estrujada por dos poderosos cables de acero.

Johnny no sabía en aquel momento qué era lo que deseaba hacer. Sólo había pensado dar un escarmiento a la muchacha, demostrarle que no estaba dispuesto a obedecer sus órdenes. Pero al sentirla entre sus brazos le acometió un sentimiento extraño, algo en lo que hasta entonces no había querido ni pensar.

Fue como si de repente despertara en él algo que había tenido dormido a la fuerza, algo que había intentado dominar con todas las energías de su alma.

Oyó que la muchacha jadeaba:

—No quería matarte porque te debo la vida, pero eres un…, un…

Y de pronto Johnny comprendió lo que ella sentía.

Ella tenía miedo. Ella se había dado cuenta, demasiado tarde, cuando ya estaba prometida a Slim, de que la felicidad tenía otros caminos. Se había dado cuenta de que al corazón no se le puede dominar. ¡Se había dado cuenta de que, si Johnny seguía cerca, ella caería en sus brazos!

Todo esto pasó como un chispazo por la mente de Johnny. Cosas que no se descubren en semanas enteras se ven de pronto con toda claridad en la fracción de un segundo.

Y comprendió por qué ella quería echarle de allí. Porque sus sentimientos de muchacha fiel le impulsaban a no querer ver por más tiempo al hombre que, aun sin pretenderlo, podía hacerle

romper la promesa de matrimonio dada a Slim.

Fue como una descarga eléctrica que los uniera, algo que puso entre los dos la verdad desnuda de sus vidas.

Los labios de Johnny buscaron los de la mujer. Ella no le rehuyó. Fue como un choque, como un encuentro brutal en el que los dos se dijeron, sin palabras, la verdad oculta.

Ella apenas pudo balbucir:

—Johnny...

Este alzó la cabeza. Vio que Priscille les estaba mirando con ojos desorbitados.

Todo había ocurrido tan velozmente, de un modo tan brusco, que ninguno de los dos se dio cuenta de que apenas habían transcurrido unos segundos.

Priscille ni siquiera había tenido tiempo de intervenir, de decir una sola palabra.

Johnny soltó a Jennifer. De pronto parecía haber quedado sin fuerzas. Se había dado cuenta de que él, un hombre perseguido, no tenía derecho a amar. Y al saber que aquella maravilla que había descubierto iba a ser sólo el sueño de un minuto, sintió una terrible debilidad, como un oscuro deseo de muerte.

Volvió la espalda, dirigiéndose hacia la puerta. Sabía que Jennifer no dispararía sobre él, pero quizá lo hiciese la ambiciosa Priscille.

No le importó.

Como un sonámbulo descendió las escaleras. Como un sonámbulo llegó al exterior, perdiéndose lentamente en las sombras de la noche.

Jennifer pertenecía a Slim. Después de todo, Slim había sido un enemigo duro, pero noble. Y él no era más que un perseguido, un hombre que no tenía derecho a...

No quería pensar en aquello. ¡No quería!

Ensimismado en su propio problema, no se había dado cuenta de que un hombre acababa de entrar en el edificio principal del rancho, aprovechando la confusión reinante.

Ese hombre era Gordon.

Gordon ya no huía; se había dado cuenta de que aquella noche se le presentaba su gran oportunidad.

Quieto en la escalera, sumido en la penumbra, escuchó las voces

de las dos mujeres, las voces de Jennifer y su madrastra.

—Debiste haberle matado, Jennifer.

—¡Calla!

—Has disparado a destiempo. En realidad no querías hacerle ningún daño. Algo te ha detenido en el último segundo.

—Quizá sea así…

—¿Y lo reconoces? ¿Te das cuenta de lo que eso puede significar? ¡Johnny, ese maldito, es un peligro para nosotros!

—No veo por qué. Hasta ahora no ha hecho más que…

Priscille la abofeteó.

La abofeteó dos veces, con todas sus fueras, mientras sus dientes rechinaban.

Jennifer apenas sintió el dolor físico. Lo que le dolió más fue la humillación, y lo que hizo que sus ojos se desorbitaran fue el asombro.

¿Por qué la golpeaba Priscille? ¿Por qué se había transformado de aquel modo, por qué sus ojos brillaban ahora, en la penumbra, como los de una hiena? ¿Qué misterio palpitaba en el fondo de su vida?

Jennifer sintió que las lágrimas quemaban en sus ojos.

Antes de que su madrastra la golpeara de nuevo, dio media vuelta y se encerró en su habitación. No quería devolver los golpes. No quería iniciar con su madrastra una pelea vergonzosa e indigna.

Al quedar encerrada en su habitación, no se dio cuenta de que alguien más acababa de llegar al penumbroso corredor en el que se hallaban las puertas de los dormitorios.

Aquel alguien era Gordon.

Gordon, sinuoso como un reptil, se acercó por la espalda a Priscille, que aún temblaba de excitación, y le puso las manos sobre los desnudos hombros.

Priscille se estremeció.

Se volvió con rapidez, y sus labios encontraron los labios ansiosos de Gordon.

—Déjame…

—Priscille, tienes que huir conmigo.

—¿Estás loco?

—Nos conocemos hace años. Tú me juraste un día que…

—No importa lo que te jurara. Ahora puedo ser una de las

mujeres más ricas de Texas. ¡Y pienso serlo!

—Puedes llevarte lo que quieras de esta casa.

—No pienso huir como una ladrona. Al contrario, quiero quedarme aquí. ¡Y ser la dueña de toda la comarca! ¡Tú y tu maldita banda teníais que proporcionarme los ranchos de Josbas y de Glenn!

—El de Glenn será tuyo cuando quieras. El ha muerto. Nada se opone a que os lo anexionéis, fingiendo una compra.

—Razón de más para quedarme aquí.

—¿Pero no te das cuenta? ¡Mi banda ha sido deshecha! ¡Además esa riqueza no me sirve de nada! Tengo que seguir viéndote como si no nos conociéramos...

—Has de tener paciencia, Gordon.

—¿Pero para qué quieres más riquezas? ¡Al menos hay cien mil dólares en la caja fuerte de este rancho, y tú conoces la combinación! ¡Llévatelos de una condenada vez y larguémonos lejos de Texas! ¡Con ese dinero podemos hacer muchas cosas en San Francisco...! Conozco allí un lugar donde podríamos edificar un hotel y una casa de juego. Yo...

Priscille apretó los labios.

—No pienso moverme de aquí.

—Ni yo pienso suplicarte. Tienes ahora una buena oportunidad. ¡Huye y seremos felices de nuevo! De lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué?

Gordon miró a la mujer con una mezcla de asombro y de deseo.

No, ella no le tenía miedo. No había tenido nunca miedo a nadie. Cuando Gordon la conoció, años antes, ella era recién casada, pero había abandonado a su marido. Ahora acababa de casarse de nuevo, sin saber ni siquiera si su primer esposo había muerto. Para Priscille no existían la moral ni la ley. Sólo su propio interés, su propio capricho. Ni siquiera él, Gordon, significaba gran cosa para ella.

—Tienes que elegir entre Percy y yo —dijo abruptamente.

—En este momento elijo a Percy. El va mejor con mis intereses actuales. Luego ya veremos.

Una sorda ira dominó a Gordon.

Un oscuro deseo de matar se apoderó de él.

Sus manos fueron hacia el cuello de Priscille, que ni siquiera gritó. Los ojos de la mujer eran como dos globos oscuros, siniestros. Miraban a Gordon con una mezcla de desprecio, de desafío y de

asco.

Eso volvió loco al pistolero.

No podía soportar que le mirasen así, no podía resistir que le consideraran poco más que como a un insecto.

Apretó más, y el cuerpo de la mujer se dobló. Pero ni aun así Priscille pidió auxilio.

Seguía desafiándole con la mirada, seguía considerándole como alguien demasiado insignificante para tenerle miedo.

Sus dedos hicieron más presión, y en aquel momento oyeron pasos en la escalera.

Percy regresaba.

Los vio.

Sus ojos asombrados contemplaron aquella escena increíble, mientras su mano derecha iba maquinalmente hacia el lado del revólver, sin recordar que había salido poco antes a toda prisa y no llevaba armas.

Gordon soltó a Priscille, que cayó a tierra.

Sus labios sonrieron siniestramente.

No pensó en que estaba ante un hombre desarmado y en que aquello era un asesinato vil. Sólo se dijo que Percy era un obstáculo que podía separarle de Priscille.

Su derecha buscó el revólver. Gordon había recuperado poco antes el de su compañero muerto.

Percy estaba tan asombrado que no acertó ni a moverse. Poco le hubiera servido, además, a un hombre de su peso y su edad, un intento de última hora por salvarse. Priscille se dio cuenta de lo que iba a suceder, pero no hizo ningún movimiento.

La bala produjo el efecto de un trueno en el silencio del edificio. Percy ni siquiera tuvo tiempo para lanzar un gemido. Con los ojos dilatados por el asombro, notó confusamente que un tercer ojo se formaba en mitad de su frente. Luego ya no sintió nada. No se dio cuenta de que caía hacia atrás, con los brazos en cruz, y rodaba pesadamente escaleras abajo, hasta el vestíbulo.

Alguien más abría la puerta principal en aquel momento.

¡Slim!

Una sola ojeada le bastó para darse cuenta de la situación. Su mente, acostumbrada al peligro, trabajaba con una habilidad diabólica. Inmediatamente captó la realidad de lo ocurrido, e intuyó

también que Priscille no había hecho nada por evitar aquel crimen.

El sí que llevaba revólver. La mano derecha voló hacia la funda.

Gordon escupió una maldición.

Su «Colt» vomitó plomo desde la baranda del piso superior. Slim, demasiado hábil para dejarse cazar a la primera, se pegó a un costado de la puerta, en la zona donde las sombras eran más espesas. Desde allí tiró rabiosamente seis veces, con tal velocidad que las seis detonaciones parecieron un solo y lejano trueno.

Pero Gordon tampoco era un novato.

Se había dado cuenta de que una verdadera tempestad se le venía encima. Aprovechando las sombras, que también le favorecían, y medio escudándose en el cuerpo del hombre al que acababa de matar, logró que ninguna de las balas le alcanzase, aunque dos de ellas penetraron en el cuerpo de Percy, que ya no necesitaba ninguna ración más de plomo.

Slim, pegado al suelo, recargó su revólver. Se daba cuenta de que acababa de cometer un error.

Queriendo coser a balazos a su enemigo, había malgastado unas balas que ahora le iban a ser necesarias.

Gordon, desde arriba, tiró contra todas las zonas de sombras donde supuso que estaría su enemigo. Lo hacía científicamente, con calma, buscando los recodos en los que podía haberse protegido Slim, y sin malgastar una sola bala.

Slim lanzó un aullido.

No había sido alcanzado, pero empleó la treta para desorientar a Gordon. Este se incorporó, dispuestos a vaciar el resto de su tambor contra el lugar donde había sonado el alarido.

Dos balas, las únicas que había conseguido cargar Slim, fueron a su encuentro. Una le arrancó materialmente la oreja derecha; la otra le produjo un corte en la mejilla del lado opuesto.

Slim había tirado a matar, asegurándose, y había fallado sólo por unas centésimas de pulgada. Instantáneamente la cara de Gordon se llenó de sangre.

Creyó que aquello era la muerte. Ciego de horror, saltó hacia atrás, abriendo con su espalda el dormitorio de Jennifer.

No lo pensó ni un segundo. Allí había una ventana que daba a la parte trasera del rancho. Se lanzó contra ella en tromba, rompiéndola con el peso de su cuerpo.

Jennifer apenas pudo verle.

Unos instantes después Gordon estaba envuelto por la oscuridad, sintiendo que la sangre corría por sus facciones, hacia abajo. Pero había logrado llegar hasta el exterior del rancho, y eso fue, de momento, la salvación.

Un hombre casi se cruzó con él, pero a causa de la oscuridad no llegaron a verse.

Aquel hombre era Johnny. Acababa de oír los disparos, cuando estaba ya a una cierta distancia, y volvía dispuesto a todo, pensando solamente en Jennifer.

Empujó la puerta principal del rancho.

EPILOGO

Casi se dio de narices a boca con Slim. Un Slim jadeante y con los ojos inyectados en sangre, que estaba recargando su revólver y que se volvió hacia él como si lo hubieran hecho girar con un resorte.

Johnny iba desarmado.

Durante algunos segundos quedó como paralizado al ver allí a su mortal enemigo. Este, ciego de ira, dominado por un oscuro deseo de matar, levantó el revólver.

Se dio entonces cuenta de que Johnny iba desarmado. El dedo que ya se cerraba sobre el gatillo quedó detenido antes de que el disparador funcionase.

—A tu derecha tienes un armario con armas —dijo secamente—. Empuña una de ellas.

Los ojos de Johnny giraron un poco.

Sí; a la derecha, cerca de la entrada, como en muchos otros ranchos de la comarca, había un armero. Varios rifles se alineaban allí, y varios revólveres colgaban, casi artísticamente, en un panel de terciopelo rojo.

—No tengo nada contra ti, Slim —dijo Johnny, suavemente—. Te expliqué una vez todo lo que había sucedido, y tú sabes que dije la verdad. No hagamos ahora más irreparable lo que nunca debió empezar.

—¡Cobarde!

Johnny decidió no tener en cuenta insulto. Había advertido ya que Slim estaba obcecado, sediento de sangre, de muerte.

—Sé razonable. Nada ganaremos enviándonos al infierno los dos.

—¡Defiéndete! ¡Defiéndete o te mato como a un perro!

La mano derecha de Johnny se movió, obedeciendo a lo inevitable.

Sus dedos abrieron el armario y descolgaron uno de los revólveres. Notó por el peso que estaba cargado. Lo remetió suavemente entre la camisa y el pantalón, dispuesto a usarlo.

Slim aulló:

—¡«Saca»!

Los dos se movieron a la vez. Se movieron como muelles tensos a los que alguien acabase de soltar. Los revólveres parecieron brotar

de sus propios dedos.

Slim dio una vuelta sobre sí mismo, sin llegar a disparar, cuando la bala le alcanzó en el brazo derecho. Su revólver saltó por los aires. Johnny, que había «sacado» un segundo antes, lo tuvo entonces a su merced, pero no apretó el gatillo de nuevo.

Simplemente susurró:

—Toda la vida has sido un buscador de tumbas, Slim. Tu viaje de novios con Jennifer hubiera consistido en visitar uno a uno los sepulcros de tus enemigos muertos. Ya es hora de que dejes de pensar en la muerte, Slim. Olvida lo que ocurrió hace tiempo.

La voz de Slim llegó roncamente desde las tinieblas que casi cubrían el vestíbulo.

—¿Por qué has mencionado a Jennifer? —preguntó, inesperadamente.

—Me he dado cuenta de que es la única mujer que podía significar algo para mí, Slim..., aunque siento tener que decírtelo a ti precisamente.

Slim fue a barbotar:

—Maldit...

No llegó a terminar su insulto.

En aquel momento una bala llegada desde el exterior le atravesó la garganta.

Johnny se volvió al tiempo que Slim lanzaba un estertor horrible, mientras un chorro de sangre escapaba por el hueco siniestro que acababa de abrir la bala.

Gordon acababa de disparar desde las tinieblas, desde fuera del edificio, aprovechando el hecho de que todos los vaqueros estaban ocupados aún apagando el fuego. Su figura era apenas visible. Tiró luego contra Johnny, pensando liquidar a todos sus enemigos en aquella macabra noche.

Desde el piso superior, Priscille y Jennifer, que ahora estaban juntas al haber salido la muchacha de su habitación, lanzaron al unísono un grito.

Johnny disparó dos veces con el revólver que tenía en la derecha. No pudo alcanzar a Gordon, pero obligó a éste a ocultarse una vez más entre las sombras, como una serpiente.

El joven no le persiguió.

Se inclinó sobre Slim, cuya garganta era una espantosa brecha.

Apenas podía hablar. Sus ojos vidriosos miraron a Johnny con una expresión que no habían tenido nunca.

—Perdóname, mu... muchacho...

—No hables. Calla, Slim. Pronto te taponaremos esa herida.

—No trates de engañarme... Me han... dado bien... Véngame, muchacho... Y... y... cuida... de Jennifer...

No podía decir más. Su propia sangre le ahogaba, Johnny le dejó caer la cabeza al darse cuenta de que ya no era más que un cadáver.

No experimentó ninguna sensación de alivio, al pensar que acababa de librarse de uno de sus peores enemigos.

No, ninguna sensación.

Sus ojos vidriosos miraron hacia las dos mujeres. Las dos estaban ahora cerca de él, en el vestíbulo, pero ninguna de las dos avanzó hacia el cadáver. Diríase que el miedo que inspiró Slim durante toda su vida aún intimidaba a Jennifer. En cuanto a Priscille, sí que había experimentado un alivio.

Ahora Gordon y ella tenían las manos libres. Ahora nada les detendría. Ni Johnny.

Porque Johnny también iba a morir.

Priscille sentía eso palpablemente, como un hecho que hubiera ocurrido ya. Ella conocía bien el rancho y se daba cuenta de que antes de que llegaran los vaqueros, ocupados en sofocar el incendio, Gordon repetiría su golpe. Porque Gordon era un zorro que no desperdiciaba las ocasiones. Valiéndose del clima diabólico de aquella misma noche, acabaría con todos sus enemigos.

De cara a la puerta, Priscille escrutaba las sombras.

Era como una estatua silenciosa y macabra que aguardaba la muerte. Era como una señal para Gordon, indicándole dónde tenía que disparar.

Johnny no se dio cuenta del peligro.

De espaldas a la puerta, mirando solamente a Slim en las últimas convulsiones de la agonía, no pensó que satánico enemigo podía repetir el golpe desde las sombras.

Sus ojos se clavaron en los ojos quietos, vacíos, de Priscille.

—¿No te asusta estar tan rodeada de muerte? —susurró—. ¿No piensas que un día puedes ser tú misma la víctima? ¿Para qué quieres amontonar tantas riquezas?

—No lo sospecharás nunca.

Johnny no lo sospechaba, desde luego. Nunca podría imaginar qué era lo que se ocultaba detrás del deseo febril de aquella mujer.

Tampoco sospechaba que Gordon, dispuesto a aprovechar hasta el fin su oportunidad, se movía entre las sombras.

Gordon, en efecto, había levantado su revólver a unas treinta yardas de distancia. Veía a su enemigo a través de la puerta relativamente iluminada. Estaba seguro de no fallar.

¡Acabaría con todos aquella misma noche! ¡Se convertiría en el dueño del rancho y en el dueño de Priscille! ¡Ella no podría elegir!

Pero en aquel momento los vaqueros que llegaban de sofocar el incendio le vieron. No pudieron intervenir porque estaban a demasiada distancia y no iban armados. Pero gritaron.

Los gritos hicieron volverse a Johnny.

Sus ojos brillaron como los de un puma cuando vio a su enemigo a aquella breve distancia de treinta yardas. Con todos los músculos en tensión, «sacó».

Durante unos segundos que parecieron interminables, como si el tiempo se hubiera detenido y como si las figuras de los dos pistoleros se hubiesen paralizado, los disparos no brotaron de los revólveres.

Algo parecía flotar en el aire. Algo helaba los nervios en aquel momento decisivo.

Y de pronto se oyó un alarido inhumano, frenético, que pareció pinchar hasta el fondo de los nervios de los dos enemigos.

Priscille acababa de ver al pequeño Mich. El niño, asustado por los disparos, corría hacia allí llegando desde otro edificio del rancho.

Estaba en el camino de las balas.

Priscille fue a saltar para cubrirle con su cuerpo, Johnny decidió entonces no dar ninguna oportunidad a su enemigo. Decidió acabar.

Su revólver vomitó plomo dos veces, con una rapidez alucinante. El de Gordon una sola vez.

Priscille lanzó un grito.

La bala, desviada por la contracción de Gordon al ser herido, acababa de alcanzarle en el pecho.

Gordon tenía las dos balas clavadas en el centro del corazón. Jamás imaginó que un enemigo pudiera acertar de aquel modo a treinta yardas de distancia. Dio una vuelta sobre sí mismo, mientras lanzaba una maldición, y cayó pesadamente a tierra. Ni siquiera

tuvo una contracción. Su corazón destrozado ya había dejado de latir. Johnny, aturdido, dejó caer el revólver.

Sus ojos vagaron por aquel cuadro de horror, por aquel espectáculo que parecía haber diseñado el propio diablo.

Comprendió que Priscille era una muerta. Que nada podía ya hacer por ella.

Y comprendió también algo más.

Comprendió algo que le dejó helada la sangre en las venas.

Sus labios musitaron un solo nombre:

—Priscille…

El gesto frenético de la mujer, su último salto hacia el camino de las balas, para salvar al niño, le había demostrado muchas cosas. Le había demostrado también por qué Priscille tuvo siempre tanto interés en que Mich e quedara con ella. Y por qué quiso siempre verlo muerto a él, a Johnny.

Para que no se llevara a Mich. Para que no se lo reclamase ni lo arrancara de entre sus brazos.

Porque Mich, ahora lo comprendió Johnny, *era su hijo…*

Todo el cuerpo del joven se estremeció con un escalofrío.

Johnny sabía ya algo de la historia de Mich. Sabía que su madre lo había abandonado a los pocos meses de nacer, y que su padre murió en Dallas, ahorcado, aunque el pequeño no lo sabía. Jamás sospecharía tampoco que aquella mujer espantosamente quieta, con los brazos tendidos hacia él, había sido su madre.

Una madre que, arrepentida a su modo de lo que hizo años antes, había tratado de acumular todas las riquezas para su hijo, para Mich, ahora que acababa de encontrarlo de nuevo.

Johnny, el hombre que no había llorado jamás, sintió que unas lágrimas quemaban en el fondo de sus ojos.

Mich corrió hacia él impulsivamente. Se ocultó en sus brazos, mientras le estremecía el llanto.

La mano derecha de Johnny, la mano que parecía haber sido hecha para matar, le acarició los cabellos tiernamente.

Luego miró a Jennifer. Jennifer era como una silueta quieta y dulce en aquel escenario de muerte. Jennifer y Mich era como la vida que sigue, que eternamente vuelve a comenzar.

Y Johnny susurró simplemente:

—Tengo que abrir unas tumbas. Tú me ayudarás, Mich. Sé que a

ella le hubiera gustado.

No dijo quién era *ella.* No aclaró nada más para no ensuciar con sus revelaciones el alma pura del niño.

Quizá alguna vez, cuando Mich fuese mayor, le hablaría claramente. Quizá algún día...

Pero ahora la vida tenía que continuar. Tenía que hacer de Mich un verdadero hombre.

Y en los ojos llorosos de Jennifer, que se había acercado, supo leer la promesa de que aquel día de mañana sería un día más alegre, más limpio, un día mejor.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Se complace en recomendar a sus lectores, la nueva serie:

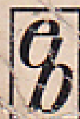
HEROES DE LA PRADERA

Una coleccion dedicada a dos colosos del



SILVER KANE y KEITH LUGER

Dos autores cuya fama crece día a día



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA 15 PTAS.
Impreso en España